

LA FIGURA DE BERNARDO DE GÁLVEZ DURANTE LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS (I)

Enrique GALLEGO GREDILLA
Coronel de Infantería

EL PACTO DE FAMILIA Y LA PRIMERA GUERRA CONTRA GRAN BRETAÑA

SALVO la paz de Aquisgrán, en octubre de 1748, el reinado de Fernando VI fue de discreta neutralidad, sin ofrecer sucesos interesantes en su política exterior, ajena a las luchas europeas y esquiva a los requerimientos de alianza por parte de Francia y de Gran Bretaña.

En principio, también su hermano sucesor en el trono, Carlos III sería partidario de mantener la paz en sus reinos, como lo era igualmente su mujer la reina María Amalia Josefa de Sajonia quien influyó mucho para que el rey rechazase las propuestas francesas ya manifestadas antes de salir de Nápoles, reiterando las presentadas más de una vez a Fernando VI.

Sin embargo, ni ella ni su marido podían ignorar que, en rigor, era Gran Bretaña el más poderoso enemigo de España, interesado en rastrear ocasiones que arruinaran el señorío colonial español y frenaran el reciente empuje de su marina y de su comercio conseguido en los trece años del anterior reinado, pues la expansión de los dominios británicos y sus relaciones comerciales en América, habrían de lograrse inexorablemente a expensas de los intereses españoles, cuyo quebranto era un objetivo político y económico para la Gran Bretaña. La misma reina María Amalia, aunque inclinada a la nación británica, reconocía su peligro para la española. *Londres –decía– tiene necesidad de alguna contrariedad; de otra manera, será intratable creyéndose la señora del mundo.*

En septiembre de 1760 murió la reina y con ella el freno que su afán de paz y su aversión a Francia había supuesto a su marido. Mientras tanto, el gobierno francés insistía en obtener la alianza con Carlos III, encelado por las derrotas en su empeñada guerra contra los británicos. El monarca español tenía, además de las razones generales antes expuestas, otras muy determinadas para buscar apoyos en un más que probable conflicto con los británicos. En efecto, éstos se habían apoderado de un pequeño territorio junto a Río Tinto que se negaban a soltar de buen grado; proseguían sus agresiones y contrabandos en América; dificultaban las pesquerías españolas en Terranova; se habían establecido en las costas de Honduras sin permiso, menoscabando los derechos adquiridos de España; trataban de mala manera a los comerciantes españoles en las islas británicas; sus buques acuciaban a los nuestros; y hasta mediaban agravios personales a Carlos III recibidos en la guerra de Italia en tiempo de su padre.

A comienzos de 1761 volvió la presión aliancista del gobierno francés. El embajador español Grimaldi opinaba que *era conveniente una alianza defensiva que obligara a Francia a socorrer al rey de España en caso de que algún enemigo le molestase en América*, pero sin reciprocidad a la guerra pendiente entre Francia y Gran Bretaña, aunque ya se habían iniciado negociaciones de paz. Así surgió el espíritu de las negociaciones del *Pacto de Familia*, entre Grimaldi y el ministro francés Choiseul.

La primera consecuencia sería que Francia hiciese presente a los delegados gubernamentales británicos con quienes negociaba, su solidaridad con las reclamaciones españolas, es decir: restitución de barcos españoles apresados a pesar de nuestra neutralidad; uso abierto y libre de pesquerías de Terranova; y el abandono de los establecimientos ingleses en Honduras.

El gobierno británico se negó a involucrar las peticiones españolas en los lances negociadores con Francia, adelantando que la cuestión de Terranova era innegociable, exigiendo, además, explicaciones por la escalada armamentista marítima de España. Ante semejante talante, se ponía en evidencia su amenaza bélica y el *Pacto de Familia* quedó firmado el 15 de agosto de 1761. Estaba constituido por dos tratados: de unión y amistad el primero, cuyo principio *quien ataca a una corona, ataca a la otra* estipulaba la prioridad de las colaboraciones, refuerzos y socorros que mutuamente se facilitarían; el segundo, fechado el 4 de febrero de 1762, centraba su interés en una *alianza ofensiva y defensiva* cuyo puntual objetivo era la Gran Bretaña.

El enfrentamiento se anticiparía. El 2 de enero de 1762, Gran Bretaña hizo la declaración de guerra y el 16 España contestó de igual modo.

La negativa de Portugal a la demanda de Luis XV y de Carlos III a su adhesión al Pacto, se justificaría por la necesidad de preservar la neutralidad portuguesa, que denotaría su apoyo al británico y obligaba al retiro de embajadores de las cortes respectivas.

En mayo de aquel año se iniciaron las operaciones militares en tierras portuguesas con victorias españolas y la toma de plazas tan importantes como Almeida (25 de agosto), aunque posteriormente las tropas anglo-portuguesas equilibrarían el frente. Lo más notable de la campaña en América sería el ataque y rendición de La Habana por la escuadra británica (12 de agosto) después de una heroica resistencia y la toma de Sacramento a los portugueses (30 de octubre), capturándose veintisiete buques británicos cargados de mercancías, acontecimiento que abortó una expedición anglo-portuguesa que pretendía apoderarse del Río de la Plata. En Filipinas, aunque el 5 de octubre fue tomada Manila por la escuadra británica (luego devuelta tras el fin de la Guerra de los Siete Años en julio de 1763), el oidor de la Audiencia, Simón de Anda y Salazar, luchó incansablemente hasta expulsarlos (1764), lo que le valió el nombramiento de gobernador de Filipinas en 1770.

Pero ya a mediados del mismo año 1762, se hablaba de paz en Francia, cansada de tantos frentes desfavorables. Y, efectivamente, el 3 de noviembre se firmaron los preliminares, culminados con el *Tratado de París* el 10 de febrero de 1763, cuyas resoluciones respecto a España fueron las siguientes: las presas hechas por los británicos en tiempo de paz se someterían a los tribunales del almirantazgo británico; Gran Bretaña haría demoler todas las fortificaciones que sus vasallos hubieran construido en la bahía de Honduras y otros lugares del territorio de España en aquella parte del mundo, pero a condición de que siguiera permitiendo a los británicos la costa, la carga y el transporte del palo de tinte o campeche; que España desistiera de toda pretensión de derecho de pesca en Terranova; que Gran Bretaña restituyera todo lo conquistado en Cuba y Filipinas, y España cediera a los británicos la Florida con el fuerte de San Agustín y la bahía de Pensacola, con todos los territorios al este y sureste del Misisipí. Sacramento se devolvería a Portugal.

Tal fue el desventajoso resultado de aquella primera guerra, de la que sólo sacaba España la demolición de los fuertes de Honduras y la cesión que nos hizo Francia del territorio de la Luisiana (3 de noviembre 1762) para compensar, según decía el tratado, la pérdida de la Florida, pero, en verdad, para disminuir los malos efectos de la guerra y asegurarse la alianza de Carlos III. De todas las maneras, la Luisiana –que ya trataron los franceses de ceder a Gran Bretaña en los preliminares de la paz– aunque comprendía un

vastísimo territorio, carecía de valor colonial para los franceses. La cesión no se ejecutó hasta 1764, y como los colonos allí instalados se negaron a entrar en el nuevo dominio, fue preciso reducirlos por las armas (junio de 1769).

LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS BRITÁNICAS

El resultado de la guerra de 1762-63, había enconado la enemistad hispano-británica y, lógicamente, cabía presumir que a la primera coyuntura favorable procurarían desquitarse Carlos III y sus ministros. La coyuntura apareció en 1773, al sublevarse las trece colonias británicas del norte de América.

Las hostilidades y discordias preliminares entre la metrópoli británica y las trece colonias norteamericanas, provocaron que éstas, después de un año, hicieran su Declaración de Independencia, el 4 de julio de 1776.

La corte española recibiría la noticia con cautela, pensando que la insurrección de las colonias norteamericanas, podría contagiar a sus propias colonias del sur. Sin embargo, el ministro de Estado, marqués de Grimaldi, compartiendo opinión con el embajador español en París, conde de Aranda, sobre las ciertas probabilidades de aquel contagio, si por una parte fue reticente a prestar ayuda personal a los insurrectos, por otra sería partidario de socorros indirectos en dinero y armamento. La primera ayuda se materializó con un envío de dos millones de libras, previo informe a la corte francesa, y una mercancía bélica de: doscientos dieciséis cañones de bronce, veintisiete morteros, doce mil ochocientos veintiséis bombas, cincuenta y una mil ciento treinta y cuatro balas, treinta mil fusiles con sus bayonetas y cuatro mil tiendas. A este auxilio siguieron otros, todos ellos realizados reservadamente por emisarios y comerciantes españoles. En el último tercio de 1776, el capitán norteamericano y agente en Nueva Orleans, George Gibson, solicitó, en nombre del general Charles Lee, comandante del distrito sureño de las trece colonias, el comercio directo entre las colonias y Luisiana, cuyo gobernador Luis Unzaga comunicó al ministro de Indias, José de Gálvez, que dicho agente afirmaba que los americanos tenían la intención de tomar las plazas de Pensacola y Mobila y obsequiarlas al rey de España. Al recibir la carta del 7 de septiembre de Unzaga solicitando la nueva ayuda para los americanos, José de Gálvez presentó su aprobación al Rey, recomendada por su sobrino Bernardo de Gálvez, entonces coronel del Batallón Fijo de Luisiana, del envío de esta ayuda oficial española en armas,

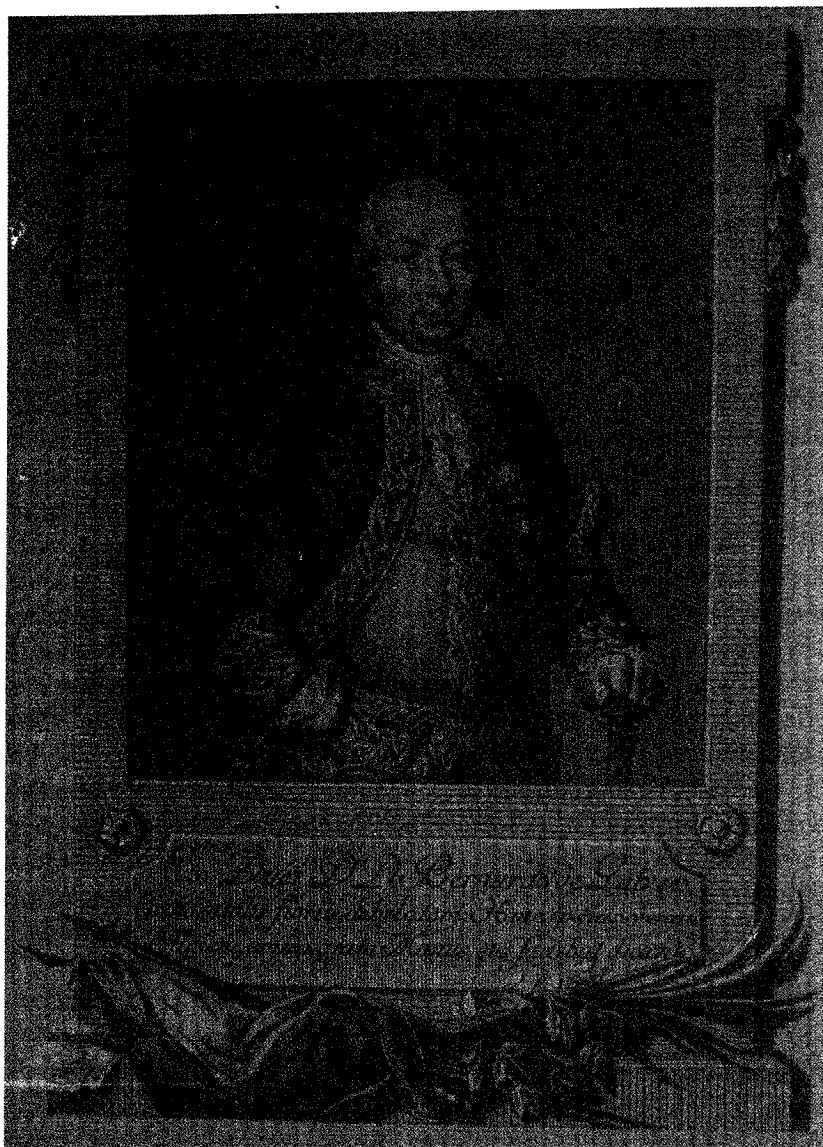
municiones, mantas y medicinas, especialmente quina, demandada por los colonos, ayuda aprobada por Carlos III y que debía enviarse a La Habana y desde este puerto pasaría secretamente por los ríos Misisipí y Ohio al fuerte Pitt, donde se encontraba el coronel George Morgan.

Mientras tanto, Unzaga, todavía en Luisiana, envió a Bartolomé Beauregard a Filadelfia en su barco, con el pretexto de comprar harina, para informarse de la situación respecto al levantamiento en dichas colonias. Cuando Beauregard regresó a Nueva Orleans, informó a Bernardo de Gálvez, quien había reemplazado a Unzaga como gobernador español de Luisiana, de que efectivamente los norteamericanos estaban firmemente decididos a emanciparse de Gran Bretaña y expresó el agradecimiento del coronel Morgan al último envío suministrado por la casa comercial de José Gardoqui e hijos, de Bilbao.

Mientras los envíos de las ayudas y préstamos de entidades oficiales españolas seguían canalizándose a través de la Casa Gardoqui y recogidas la mayoría de ellas por los agentes norteamericanos (Oliver Pollock) en Nueva Orleans, Bernardo de Gálvez ya se estaba preparando para la eventualidad de una guerra, e incluso informó a su tío de la creación de una compañía de Caballería denominada *Carabineros de Luisiana*, constituida por personas distinguidas de la colonia y nombrándose a sí mismo capitán de ella, solicitó la aprobación real, su armamento y uniformidad que, concedida por Carlos III el 28 de agosto de 1778, suministraría además cien sillas de montar y otros tantos pares de pistolas para completar su equipo.

Respecto a esas ayudas y préstamos procedentes de entidades oficiales del reino, Manuel Conrotta escribía en 1920 que durante el trienio 1777–1779, fueron la Tesorería General de Guerra y la Administración de Rentas Provinciales, las dos principales instituciones que, por orden de Floridablanca, facilitaron a Gardoqui las sumas que precisaban los norteamericanos. Esta ayuda puede comprobarse muy bien en una carta del entonces ministro de Hacienda, Gardoqui, al ministro de Estado, Manuel Godoy, en 1794:

Puedo asegurar a V.E., en continuación de mi oficio de 21 de julio último, que las ventajas que los norteamericanos recibieron de España, fueron muy importantes, respecto a que se les socorrió en dinero y efectos por el gobierno español en los años 1776, 1777 y 1778, con la cantidad considerable de 7.944.906 reales y 16 maravedises de vellón, sin contar la remesa de 30.000 mantas que se les hizo precisamente en el tiempo que tenían absoluta e indispensable necesidad de este socorro para que no pereciese su ejército... A estos auxilios y socorros deben añadirse los que proporcionó el conde de Gálvez en América.



Retrato de Bernardo de Gálvez

En la Memoria de los Diputados de los Estados Unidos de septiembre de 1777, el congreso norteamericano aprobó la resolución de emprender la conquista de Canadá, Nueva Escocia, Terranova, las Bermudas, Florida y de declarar la guerra a Portugal, si España y Francia hacían lo mismo a Gran Bretaña.

Un año después, Aranda trató de convencer a la corte española para que ayudase a las trece colonias y a Francia. Ésta ya había entrado abiertamente en guerra respaldando a aquéllas, quedando España al margen por el momento. Para mantener la neutralidad española, el reino inglés ofreció la reintegración de Gibraltar y Menorca; no obstante, en abril de 1779, la corte española enviaría a Londres al marqués de Almodóvar para ofrecer su mediación en la consecución de la paz entre británicos, norteamericanos y franceses. Como esta mediación, más parecida a un ultimátum al exigirles el reconocimiento de la independencia de las trece colonias, fuera rechazada por los británicos, España, como veremos luego, tomó la meditada decisión de entrar en guerra del lado norteamericano y francés.

La política exterior dirigida por el ministerio de Estado, antes de comenzar la guerra era: asegurar las posesiones españolas del río Misisipí contra las presiones de los sublevados norteamericanos; introducirse en el virreinato de Nueva España (México) y explotar sus ricas minas de oro y plata; fomentar el comercio entre los indios ganando su amistad; y enviar agentes a las colonias norteamericanas para conseguir información sobre la marcha de la guerra, tanto de los insurgentes como de los realistas. Durante estos años anteriores al conflicto 1776–1779, Floridablanca quiso ganar tiempo para tener todo preparado en Luisiana y poder atacar y tomar la iniciativa en cuanto se entrara en la contienda.

Y efectivamente, pocos días después del desaire británico a aquel ultimátum de mediación española, el ministro de Estado Floridablanca y el embajador francés, conde de Montmorín, cumpliendo el Pacto de Familia, firmaron el Convenio Secreto de Aranjuez del 12 de abril de 1779, por el que Carlos III declararía la guerra. En dicho convenio se establecía que: *El Rey Cristianísimo en exacta ejecución de sus empeños contraídos con los E.E.U.U. de la América Septentrional, ha propuesto y solicitado que S.M. Católica desde el día que se declare la guerra a la Gran Bretaña, reconozca la independencia soberana de dichos Estados y que ofrezca no deponer las armas hasta que sea reconocida aquella independencia por el Rey de Gran Bretaña, haciendo este punto la base esencial de todas las negociaciones de paz que se puedan establecer después.* Entre los artículos relativos a las operaciones militares se acordaba: la restitución de Gibraltar y Menorca; la expulsión de los británicos del río Misisipí; la toma del fuerte

y río de Mobila; la reintegración de Pensacola y de toda la costa de Florida hasta el canal de las Bahamas; la revocación del privilegio concedido a los británicos en el Tratado de París de 1763 en la costa de Campeche y su expulsión de la costa caribeña de Honduras, etc. España y Francia firmaron además un tratado reservado impidiendo a los británicos la pesca en los caladeros de Terranova y un plan de invasión de la isla de Wight en el canal de la Mancha.

En definitiva, esta sopesada iniciativa española ponía término a ese período extraño entre los años 1763 y 1779 caracterizado por continuos incidentes diplomáticos, en los que tan pronto se pasaba de las protestas españolas por *la tentativa de los británicos en estos últimos años para sublevar las naciones de los indios aliados o amigos de España habitantes de los países fronterizos a Luisiana, ya surtiéndoles de armas, ya atrayéndoles con regalos, ya dándoles medallas británicas, y ya instigándoles abiertamente a unirse con los británicos armados para hostilizar a los vasallos de S.M. Católica*, como a las protestas británicas por *la correspondencia mercantil que continuaban algunos comerciantes de Bilbao con otros de las Colonias*.

Para conseguir la expulsión de los británicos del bajo Misisipí, España tenía como gobernador de Luisiana a un experto militar de gran prestigio: Bernardo de Gálvez.

Perfil biográfico de Bernardo de Gálvez

Hijo de Matías (virrey de Nueva España) y sobrino de José (marqués de la Sonora y ministro universal de Indias), nació en Macharavialla (Málaga) en 1746 y murió en Tacubaya (México) en 1786. Abrazó desde muy joven la carrera de las armas. En 1762 hizo la guerra en Portugal con el grado de teniente de Infantería. Fue luego destinado al reino de Nueva España y guerreó contra los feroces apaches que le hirieron varias veces de gravedad. En 1772 volvió a España y formó parte de la desastrosa expedición de Argel en 1775, a las órdenes del general O'Reilly, en la que se distinguió notablemente por su intrepidez recibiendo otra herida grave. Fue después, por poco tiempo, profesor de la Escuela Militar de Avila, y ascendido a coronel en 1776, pasó destinado como coronel del Batallón Fijo de Luisiana y luego como gobernador interino de aquella región, en cuyo desempeño alcanzó tal acierto que en 1779 se le concedió el grado de brigadier. Iniciadas las hostilidades con Gran Bretaña en ese mismo año, Gálvez convocó la Junta de Guerra para decidir la conducta a seguir y vista la debilidad de sus propias

fuerzas, opinó con la unanimidad de la Junta, mantenerse a la defensiva hasta la llegada de refuerzos de La Habana. Como éstos se retrasaban, tomó la decisión de emprender la ofensiva y atacar las fortificaciones británicas, no sin antes realizar los consecuentes preparativos. Un furioso huracán arrasó la capital, Nueva Orleans, y hundió casi todas las embarcaciones que tenía en el río. Poco antes, en agosto de aquel año de 1779, ascendió a gobernador en propiedad de la provincia de Luisiana. A pesar del gran contratiempo climatológico y sus trágicas consecuencias, no se arredró el valeroso general, que reuniendo unos setecientos hombres entre veteranos, reclutas y milicias de color, sin tiendas, equipajes, ingenieros, ni más que un oficial de Artillería que, aprestando lo que pudo, condujo por el Misisipí, invadió la Florida occidental y después de reconocer la independencia de Estados Unidos, llegó hasta el fuerte de Manchac, situado a unos ciento setenta y cinco kilómetros de Nueva Orleans, que el 7 de septiembre asaltó por sorpresa, apresando a toda su guarnición (un capitán, un teniente, un subteniente y unos veinte soldados) sin recibir baja alguna. Antes de atacar los otros fuertes ingleses de Baton Rouge y Panmure de Natchez, Gálvez comprendió que debía cortar los refuerzos británicos desde Mobile y Pensacola a través de los lagos cercanos de Borgne, Pontchartrain y Maurepas y fue en estos lagos donde los españoles alcanzaron su más resonante batalla naval durante la Campaña de Luisiana, tomando los inmediatos puestos ingleses de Green en el río Amita y el de Thompson Creek (Nueva Feliciana) con sus respectivas guarniciones.

Durante estos ataques a lo largo del Misisipí, en el cercano lago Pontchartrain, el capitán William Pickles –al servicio de la marina norteamericana, a bordo de la fragata Morris (ocho cañones y sesenta y cinco hombres) cuya financiación sostenía Bernardo de Gálvez– trataba de avistar al bergantín británico West Florida, dominador de aquellas aguas y apresador de barcos españoles y norteamericanos. Por fin, el 10 de septiembre, el capitán Pickles lograría divisarlo y ante la negativa del teniente británico John Payne a su rendición, hubo de abordarlo, matar a cuatro de sus tripulantes (incluido Payne) y aprisionar a los restantes tripulantes. Fue una victoria renombrada si contamos los cinco cañones y treinta marinos del West Florida, cuyo nombre cambiaron los españoles por el de Galveztown que luego sería el famoso bergantín insignia de Bernardo de Gálvez.

Con las espaldas cubiertas por la acción en los lagos, se emprendió la marcha de veinticinco kilómetros desde el recién conquistado puesto de Manchac hasta el fuerte de Baton Rouge, que el día 21 del mismo mes de septiembre cayó en poder español junto al de Panmure de Natchez, pudiendo decir que en las campañas del Misisipí y en los lagos, los españoles ha-

bían tomado, aparte de los puestos británicos en los lagos llamados Green y Thompson Creek, los tres fuertes de Bute de Manchac por asalto, Nuevo Richmond de Baton Rouge por fuego y capitulación y Panmure de Natchez por cesión.

Tan señaladas victorias fueron recompensadas con el empleo de mariscal de campo. No satisfecho con los éxitos alcanzados, emprendió la conquista de Mobila que tras muchas peripecias y penalidades logró rendirla el 14 de marzo de 1780, haciendo prisionera a la guarnición a la vista del general inglés Campbell, que acudía con un ejército en socorro de la plaza. Desde entonces su objetivo sería la plaza de Pensacola pero falto de recursos y pleno de contrariedades hubo de demorarlo hasta el año siguiente en que lograría mil trescientos quince hombres, un navío, dos fragatas y otras embarcaciones menores, con cuyas fuerzas desembarcaría el 9 de marzo en la isla de Santa Rosa, tratando de forzar la entrada del puerto infructuosamente al haber tocado en la barra de entrada el navío que iba en cabeza. Al día siguiente repitió la operación con el mismo negativo resultado y reconocida la entrada del puerto, comprendieron los técnicos que era impracticable por las condiciones del canal y los fuegos del castillo de las Barrancas Coloradas que batían por popa y proa las embarcaciones que se arriesgaban a entrar en el tortuoso canal. Gálvez, sin embargo, procuró convencer al jefe de la escuadra para que repitiesen la tentativa de forzar el paso con los barcos menores y no habiéndolo conseguido, tuvo la osadía de embarcarse él solo en pleno día en el bergantín Galveztown y haciéndole saludar y arbolar la insignia de su grado, le ordenó hacerse a la vela y, metiéndose por el canal, forzó la entrada del puerto seguido de una lancha cañonera y de un galeote que tuvieron la fortuna de eludir el fuego enemigo del castillo. Con tal arrojo temerario consiguió que al día siguiente 19 se decidiese a entrar el resto de la escuadra con éxito. Durante el sitio de la plaza, largo y porfiado, fue herido el general español en el vientre y mano izquierda lo que no le impidió ejercer el mando de las operaciones. Por fin el 10 de mayo de 1781, se rindió la plaza con sus fuertes y prisionera su guarnición de catorce mil hombres con ciento cincuenta y tres piezas artilleras y multitud de armas y pertrechos.

Con tan importante victoria quedó conquistada toda la Florida, recibiendo el título de Conde de Gálvez, ascendido a teniente general y nombrado capitán general de la Florida y Luisiana, ordenándole el Rey que pusiese por timbre de su escudo un bergantín con el mote de *Yo solo* por forzar él solo la entrada de la bahía. En el Museo de Artillería se conserva una bandera de seda de colores blanco, azul y morado, cogida a los británicos en aquella ocasión memorable.

La conquista de Jamaica y las islas Bahamas sería el digno colofón de su campaña. Fue capitán general interino de Cuba, y virrey de Nueva España sustituyendo a su padre.

Murió en tierras mexicanas por un exceso de ejercicio en la caza, única distracción que le apasionaba.

LAS CAMPAÑAS MILITARES ESPAÑOLAS DE 1779 EN EL BAJO MISISIPI

Al recibir el capitán general de Cuba, Diego José Navarro, la real orden del 18 de mayo de 1779 sobre la inminente declaración de guerra, se la enviaría a Bernardo de Gálvez con instrucciones de expulsar a los británicos del Misisipí, Mobila y Pensacola. La declaración oficial fechada el 21 de junio fue publicada en La Habana el 22 de julio, y un bando anunció la expulsión de los británicos de Cuba y el tratamiento como amigos a los norteamericanos. La corte española había enviado a todos los altos cargos en América el mismo informe sobre la apremiante declaración.

A Bernardo de Gálvez le llegaría al cabo de un mes, pero desde su llegada a Nueva Orleans, a finales del año 1776 –barruntando las posibilidades de la guerra– se había estado preparando tres años por delante para ese día, como ratifica que con antelación a la noticia, había ordenado al comandante de Punta Cortada, Carlos de Grand-Pré, construir un puesto en el río Misisipí, cerca de Nueva Orleans, para vigilar al coronel británico Alexander Dickson, quien levantaba en Baton Rouge el fuerte de Nuevo Richmond. Por otra parte, tenía la información del comandante del puesto español de Manchac, Raimundo Dubreuil, recibida a su vez del mismo Dickson, sobre la intención británica de conquistar la capital de Luisiana en cuanto estallase la guerra.

Ante semejante panorama, Gálvez solicitaría refuerzos a Navarro y avituallado el segundo batallón del regimiento España con seiscientos setenta y un hombres, no pudo zarpar de La Habana por el cerco de los buques británicos; sería la primera frustración de las muchas producidas durante la lucha.

El 16 de agosto, Gálvez transmitió a todos los comandantes de los puestos militares el mantenimiento secreto de la entrada en guerra y que estuvieran pertrechados para atacar los fuertes de Bute de Manchac y Nuevo Richmond de Baton Rouge y prevenidos de las posibles agresiones británicas. Siete días después, el comandante de Manchac, Dubreuil, comunicó a su superior que las intenciones británicas al otro lado del río, en el fuerte Bute Manchac, parecían más defensivas que ofensivas.

Hay que significar la orden importante del ministro José de Gálvez a Navarro sobre la estrategia a seguir en las operaciones americanas que tanto influyó en la brillante carrera de su sobrino, recién nombrado jefe de la expedición del Misisipí y además exponía el plan militar conjunto con los norteamericanos para atacar a los británicos en Savannah, San Agustín y en el alto Misisipí:

El Rey ha determinado que el principal objeto de sus armas en América... los británicos sean arrojados del seno mexicano y orillas del Misisipí... quiere S.M. que sin demora alguna se forme una expedición de fuerzas terrestres y marítimas que puedan juntarse y se acometa a Mobila y Pensacola que son las llaves del seno mexicano... limpien de británicos las márgenes del Misisipí, el cual debe mirarse como antemural del vasto imperio de Nueva España....

No obstante, siempre será necesario que se junten de cuatro a cinco mil hombres... aunque los británicos no tienen en Pensacola fortificación alguna de firme, sino algunos fuertes de madera... Esta expedición quiere el Rey la mande en jefe el brigadier don Bernardo de Gálvez, gobernador propietario de Luisiana... El conocimiento de lo mucho que vale para la guerra la opinión entre los enemigos, ha determinado a S.M. a la elección de dicho gobernador prefiriéndole a otros oficiales de más años de experiencia, y sin duda más a propósito para cualquier otra empresa...

Al mismo tiempo que se invade por mar y tierra a Pensacola y Mobila, las tropas de los Estados Unidos en número de tres mil hombres, embestirán a San Agustín de Florida, y tal vez harán otra diversión por las orillas del Misisipí...

Mientras proseguían las luchas entre norteamericanos y británicos y el diplomático norteamericano John Jay trataba de conseguir en Madrid la libre navegación por el Misisipí, el agente oficioso español en Filadelfia, Juan Miralles, informaba al congreso norteamericano de que la corte española no accedería a la misma, aunque encomiaba las ventajas que supondrían a la Real Hacienda permitir que los norteamericanos en el río Ohio pudiesen bajar sus productos por el Misisipí y venderlos en Nueva Orleans. Pocos días después, el 28 de septiembre, Miralles informó a la corte de que Samuel Huntington había sido elegido presidente del congreso; John Jay, ministro en Madrid y William Carmichael, representante de Maryland, secretario de la legación.

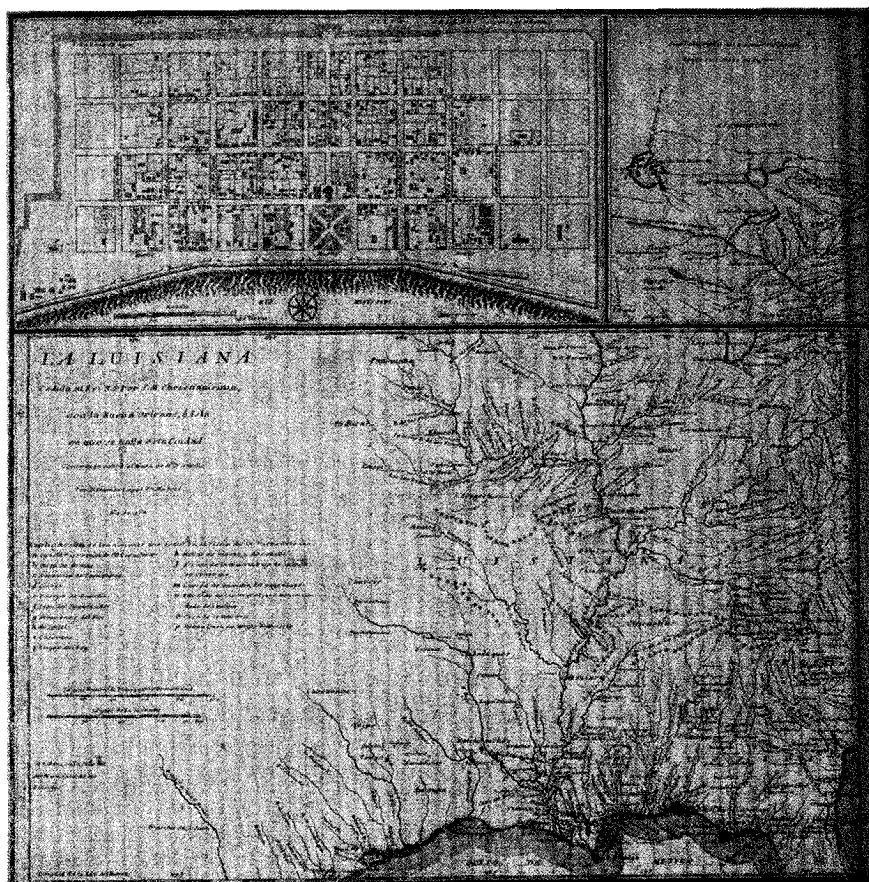


Lámina 104 de Ultramar. La Luisiana

Toma del fuerte Bute de Manchac

Sabemos que la paz entre España y Gran Bretaña, reconvenida por el Tratado de París, tan desfavorable a nuestros intereses ultramarinos por la cesión a los británicos de la Florida occidental –incluido el castillo de San Marcos en la ciudad de San Agustín, la bahía de Pensacola y los territorios al este y sudeste del río Misisipí–, desorganizó toda nuestra defensa militar de la zona. Retiradas las guarniciones hacia México con el armamento casi inservible, con buena parte del material de guerra utilizado para transacciones comerciales y con la población abandonada a una suerte adversa, era lógico suponer la idea de la reconquista en los altos mandos militares, encabezados, como también hemos visto, por el propio rey. Fijando como bases de organización las plazas de La Habana y Nueva Orleáns, había que lanzarse a recuperar esos puertos entregados a los británicos que eran claves para la defensa general del seno mexicano.

De aquí que la nueva declaración de guerra en 1779, tan deseada en ultramar, fuera presentida por los jefes militares que, como Bernardo de Gálvez, ya estaban disponiendo sus fuerzas expedicionarias.

Pero no solo los españoles sabían la eventualidad de la guerra, también los británicos la preveían. Por eso estaban preparando su ofensiva en Luisiana reforzando el ya mencionado fuerte de Bute de Manchac en la confluencia de los ríos Misisipí e Iberville, con cuatrocientos soldados alemanes del regimiento Waldeck al servicio del rey Jorge III de Gran Bretaña. Los británicos alegaban que el refuerzo de sus defensas venía impuesto por el probable ataque de las tropas de Bernardo de Gálvez. Sin embargo, como el jefe español pensara que los británicos preparaban el asalto a Nueva Orleáns tan pronto recibieran la declaración de guerra, decidió que la mejor defensa era una buena ofensiva y tal como se había aprestado en los tres últimos años, se encontraba listo para cumplir la real orden de expulsar a las tropas británicas del Misisipí.

La actitud de Gálvez no era una osadía. Los temores de un ataque británico a Nueva Orleáns estaban justificados por una carta interceptada del coronel Elías Durnford, comandante del fuerte Carlota de Mobila, notificándolo al de Panmure de Natchez. Gálvez suponía que el ataque enemigo a la capital vendría a través de dos expediciones: una terrestre de unos mil quinientos hombres, que bajarían desde el Canadá por el Misisipí, uniéndose a fuerzas de los fuertes británicos de Natchez, Baton Rouge y Manchac, y otra marítima desde Pensacola, con similar cantidad de tropa.

El 13 de julio de aquel año 1779, Gálvez convocó a sus más cercanos colaboradores en Junta de Guerra, informándoles de la crítica situación de Luisiana. Calculaba unos ochocientos soldados británicos en los fuertes y puestos ribereños del Misisipí, a los que habrían de sumarse los indios aliados y los refuerzos procedentes de Pensacola y Canadá. Sus propias fuerzas no superaban los seiscientos hombres, cuatrocientos cincuenta de ellos reclutas. Les explicaría asimismo, como hipótesis más probable del ataque enemigo, la anteriormente supuesta por tierra y mar.

Las diferentes opiniones quedaron supeditadas a la del jefe y como éste pensara que eran demasiado cautelosas, decidió que la mejor defensa de Nueva Orleáns, era atacar directamente los fuertes británicos en el Misisipí.

Y pasó a la acción. Ordenó al comisario de guerra Juan Antonio Gayarre la organización en secreto de la operación, mientras él se encargaba con igual sigilo del plan defensivo de la capital.

En agosto recibió la declaración oficial de la guerra que únicamente compartió con Gayarre y los comandantes de los puestos españoles en el Misisipí. También les informó de su ascenso a gobernador en propiedad de la provincia de Luisiana.

A mediados de ese mes, Gálvez y Gayarre ya tenían culminado el plan de ataque al fuerte Bute de Manchac, iniciándose el día 23 con la salida desde Nueva Orleáns. Pero cinco días antes, en plenos preparativos, se originó uno de los más devastadores huracanes que se recuerdan. En tres horas se hundieron todas las embarcaciones listas para levar anclas, salvándose únicamente la fragata Volante. Fueron arrasadas edificaciones, cosechas, ganados, vías de comunicación, etc. La devastación dejó desolada a la población y sólo la fortaleza física y moral del gobernador levantó los ánimos para perseverar en la voluntad de vencer, antes que el enemigo –menos quebrantado por el temporal– pudiese recuperar la iniciativa.

Y todo se volvió a reorganizar: la colaboración de la población fue inestimable; prosiguieron las defensas de la capital, desplegándose las tropas en previsión de un ataque desde Pensacola o Manchac; barcos de los alrededores se aprestaron al transporte del personal; se recuperaron cuatro barcos hundidos en el Misisipí cargándolos con cañones y municiones; hubo nuevos reclutamientos, etc. Una semana después del huracán, estaba dispuesta otra vez la expedición¹ formada por:

¹ GÁLVEZ, Bernardo de (mariscal de campo): "Diario de la Campaña de Luisiana", en *Colección de documentos del Conde de Clonard*, año 1779, leg. 31. Servicio Histórico Militar.

Componentes de la expedición	Personal
Veteranos de los regimientos expedicionarios Príncipe, España y Fijo de La Habana	170
Reclutas Voluntarios	330
Hombres de toda casta y color	600
Indios voluntarios de la costa de los Acadianos y en Opelouzas, Attakapas y Punta Cortada	160
Carabineros	20
Negros y mulatos libres	80
Milicianos	60
Compatriotas norteamericanos del agente del Congreso Oliverio Pollok	10
	1.430

En la tarde del 27 de agosto se puso en movimiento una marcha de unos ciento setenta y cinco kilómetros que distaba el fuerte de Nueva Orleans, cuyo comandante británico, coronel Alexander Dickson, aún desconocía la declaración de guerra; una marcha a través de bosques frondosos, trochas intransitables, precarios pertrechos, sin tiendas de campaña, pero llena de fuerza y de pasión. La tropa veterana constituía el grueso de una columna cuyo flanco izquierdo se apoyaba en el Misisipí por el que navegaba una flotilla cargada con las piezas artilleras, su flanco derecho en los bosques vigilados por la tropa negra, en vanguardia los indios y en retaguardia las milicias y los alemanes.

El 6 de septiembre estuvo a la vista el fuerte Bute de Manchac. Antes del ataque se hubo de reorganizar la expedición al reducirse en más de un tercio por el agotamiento y las dolencias. A la amanecida del siguiente día, los milicianos efectuaron el asalto por sorpresa; mientras, el grueso de la tropa veterana se situó en alerta al probable contraataque de cuatrocientos británicos que dos días antes habían sido vistos salir del fuerte hacia Baton Rouge con artillería y tren de avituallamiento, y se sospechaba emboscados en los bosques aledaños.

Gilberto Antonio de Saint-Maxent, suegro de Gálvez, capitán de las milicias blancas de Nueva Orleans, sería el primero en penetrar por una de las troneras. Le seguiría su gente y, sin baja alguna, lograrían rendir a la guarnición compuesta de un capitán, un teniente, un subteniente y unos veinte soldados.

Saint-Maxent conocía bien las peculiaridades del fuerte Bute de Manchac, adonde había sido enviado antes del conflicto y permanecido durante

cuarenta y dos días como *francés enfadado con España* para levantar un plano del mismo y averiguar el punto débil de sus troneras.

Antonio, hijo de Saint-Maxent, fue nombrado por Gálvez, nuevo comandante del fuerte.

Las victoriosas acciones navales en los lagos

Al hacer el perfil biográfico de Gálvez, dijimos que antes de proseguir los asaltos a los otros fuertes en Baton Rouge y Natchez, quiso cubrir sus espaldas cortando las llegadas de refuerzos procedentes de Mobila y Pensacola, que solo podrían hacerse a través del desagüe en el Misisipí, entre Nueva Orleáns y Baton Rouge, de los lagos cercanos de Borgne, Pontchartrain y Maurepas, pues la desembocadura del gran río estaba bien cubierta por los españoles.

La primera acción estuvo a cargo de Vicente Rieux, criollo de Nueva Orleáns, a quien Gálvez había otorgado el mando de un bergantín armado, con la misión de acechar los barcos británicos que pasaran por los lagos con refuerzos provenientes del general John Campbell de Pensacola o del coronel Elías Durnford de Mobila.

A primeros de septiembre, Rieux alcanzó el paso obligado de Manchac que comunica los lagos Pontchartrain y Maurepas donde desembarcó y emplazó sus cañones pedreros, quedando enmascarado a la espera de cualquier barco británico.

El 7 de septiembre apareció uno de ellos y cuando estuvo a media distancia de tiro, mientras se efectuaban los disparos, hizo alborotarse a sus hombres para suponer al enemigo la presencia de mayores tropas. Hubo abordaje, lucha cuerpo a cuerpo y hechos prisioneros el capitán Alberti, un teniente, un subteniente, cincuenta y cuatro granaderos del regimiento alemán Waldeck y una docena de marinos se quedaron boquiabiertos al verse capturados por sólo catorce criollos de Luisiana al mando de Rieux, proeza premiada con su ascenso a teniente de milicias de Luisiana.

La segunda acción sería provocada por Carlos de Grand-Pré, que como jefe de un destacamento en Roche-a-Davión, apostadero importante sobre el Misisipí, y sabiendo que la acción anterior le facilitaba la iniciativa, atacó y conquistó con su tropa veterana y de milicias, los confinantes puestos británicos del río Amita y el de Thompson Creek, apresando sus guarniciones. El éxito le proporcionaría el mando de todos los puestos destacados en aquel distrito de Punta Cortada.

La tercera acción fue consecuencia de la orden del comandante del puesto inmediato de Galveztown, Francisco Collell, al sargento Juan Bautista Mentzinger, que con ocho de sus hombres vigilantes del río Amita lograron capturar dos barcos con dos compañías del regimiento Waldeck que regresaban a Pensacola después de descargar víveres y municiones en el fuerte Bute de Manchac, poco antes del asalto español.

La cuarta acción sería la toma del fuerte Green en el aludido río Amita, por tropas españolas al mando de José Pauly, cuya hazaña le valió el ascenso a capitán de milicias.

Y la quinta acción, resumida en el texto biográfico de Gálvez, fue uno de los pocos combates navales en los lagos, concretamente en el de Pontchartrain, donde el capitán de la marina norteamericana, William Pickler, al mando de la fragata Morris, financiada por Gálvez, trataba de encontrar al bergantín británico West Florida, terror de aquellas aguas y avasallador de barcos españoles y americanos. Por fin, el 10 de septiembre, sería avistado y al rehusar la rendición su capitán John Payne, hubo de ser abordado, con cuatro de sus tripulantes muertos, incluido Payne, y hecha prisionera la restante tripulación.

Notable sería la victoria al considerar el poderío de ambos buques, pues si la Morris aventajaba con sus sesenta y cinco marinos los treinta del West Florida, su potencia de fuego era inferior al comparar los cuatro cañones de dos y media libras y uno de una y media que tenía, por los dos cañones de seis libras, dos de cuatro y uno de una y media del West Florida.

Los españoles cambiaron el nombre de West Florida por el de Galveztown que luego sería el famoso bergantín insignia de Gálvez.

Posteriormente Pickles, que continuó al servicio de España en Pontchartrain, apresaría tres goletas, un bergantín y dos balandras procedentes de Pensacola cargadas de víveres, y otra goleta con igual botín en el Misisipí. El día 26 transportó a Nueva Orleáns ciento veintidós indios y días después apresó una embarcación en la costa de Mobila con trece negros y dos mil seiscientos sesenta y cinco dólares.

Toma de los fuertes Nuevo Richmond de Baton Rouge y Panmure de Natchez

Tras la toma, el 7 de septiembre de 1779, del fuerte Bute de Manchac, y antes de reemprender la marcha de veinticinco kilómetros a Baton Rouge para intentar la conquista de su fuerte Nuevo Richmond, Gálvez había enviado a varios oficiales con la intención de inquirir información del

mismo. Era un fuerte de gran consistencia, de altas y escarpadas murallas, trece cañones de grueso calibre, un foso ancho y profundo, guarnecido por más de cuatrocientos veteranos, muchos de ellos pertenecientes a los Waldeckers, además de cien aborígenes armados.

Gálvez tenía, en principio, la ventaja, gracias a las victorias de los lagos y la caída de los puestos del río Amita y el de Thompson Creeck, de haberse asegurado el corte de refuerzos a Baton Rouge y Natchez, tanto de Pensacola como de Mobila.

El ataque se preparó situando al mayor número de su gente que por ser naturales del país quiso preservarlos de los peligros del asalto, atrincheros en la zona de los asentamientos artilleros y colaborando en la instalación de las piezas. Designó a los indios y milicia negra de Luisiana para que al término de un bosque cercano al fuerte, distrajeran la atención de los sitiados sobre el verdadero lugar del ataque inicial. Y así, durante la noche del 20 de septiembre, escondidos entre los árboles, al hacer el ruido fingido del falso ataque, consiguieron levantar las baterías a tiro del fuerte ocultas tras la cerca de un huerto, viéndose los británicos sorprendidos cuando los españoles ya estaban a cubierto de sus fuegos.

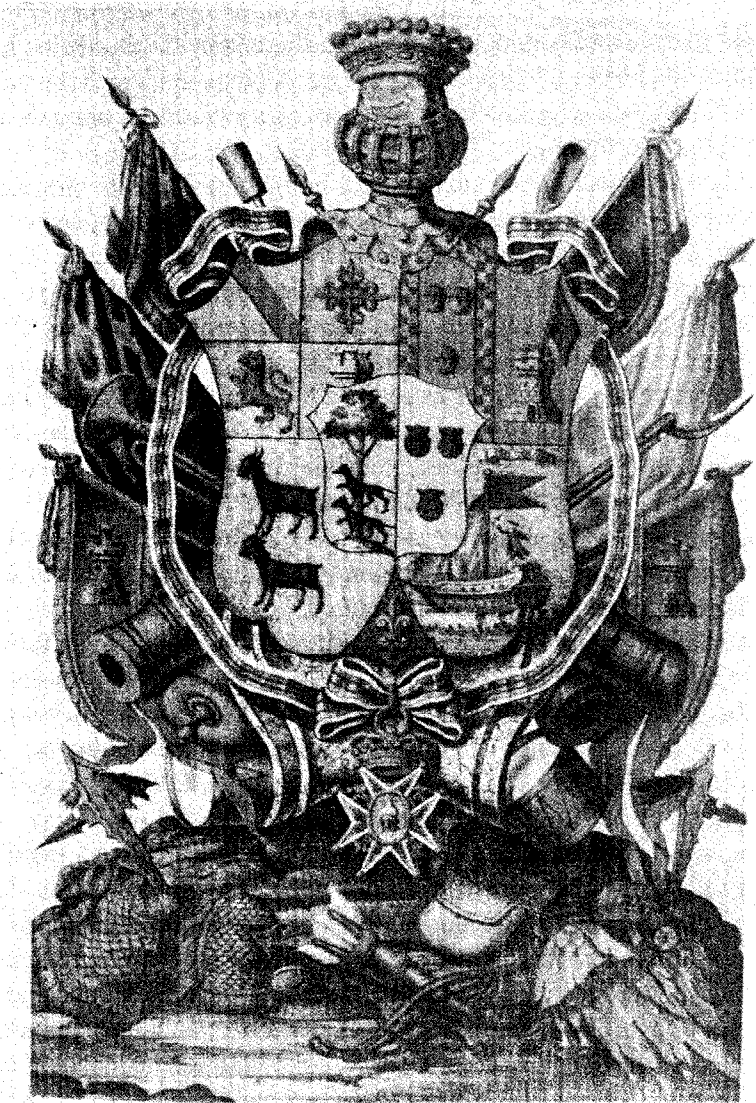
A la alborada del día 21, comenzó el fuego de la artillería española dirigido con tal acierto por el gran artillero Julián Álvarez que tres horas y media bastaron para desarbolar el fuerte.

Los británicos no tuvieron otra alternativa que la capitulación, a la que Gálvez exigió no solo el apresamiento de la guarnición sino también la entrega del fuerte Panmure de Natchez. Al cabo de veinticuatro horas accedieron los británicos, siendo acordados y firmados sus artículos por Bernardo de Gálvez y Alexander Dickson, el coronel británico que había levantado ese fuerte de Nuevo Richmond en la localidad de Baton Rouge.

Después de enterrar a sus muertos, la guarnición británica salió con honores militares hasta una distancia de quinientos pasos del fuerte, donde trescientos setenta y cinco soldados rindieron sus armas, entregaron las banderas y quedaron como prisioneros de guerra.

El día 23, el norteamericano que acompañó a Gálvez en las campañas del Misisipí, Oliver Pollock, escribió una carta a los habitantes de Natchez animándoles a secundar las acciones españolas que respaldaban la causa norteamericana:

I have the happiness to inform you that his most Catholic Majesty the King of Spain has declared the Independency of the United States of America, as also war against our tyrannical enemy Great Britain... Col Dickson has capitulated with Governor Gálvez, and surrendered his garrison pri-



Escudo de armas de Bernardo de Gálvez

sioners of war, he has obliged himself to withdraw the British forces from your quarters, and delivered up the Fort (Panmure de Natchez) to the Spanish officer who goes there for that purpose...

Concluido el ceremonial de la rendición, Gálvez despachó al capitán Juan Delavillebeuvre con cincuenta hombres para tomar posesión del fuerte Panmure de Natchez. Al capitán español le acompañaba el capitán británico Barber que portaba la carta de capitulación del 5 de octubre escrita por el coronel Dickson al comandante del fuerte de Panmure capitán Anthony Forster, rindiéndose con él dos tenientes, tres sargentos, dos tamborileros, cincuenta y cuatro soldados y trece mujeres y niños.

Entre ambos fuertes sumaron más de quinientos milicianos y negros libres que hubieron de liberarse por aliviar los agobios de custodia.

En las tres campañas del Misisipí, sin contar los marinos, indígenas armados, indios y negros, se capturaron unos quinientos cincuenta veteranos y más de veintiún oficiales, incluido el coronel Dickson, comandante general de los establecimientos británicos en el Misisipí. Los españoles tuvieron únicamente dos heridos. Los británicos sufrieron treinta y seis muertos, diez heridos y cuatrocientos ochenta y cinco prisioneros, según el informe de Dickson publicado en la *London Gazette* del 28 de marzo-1 de abril de 1780 que difiere algo de la versión española.

En su informe a la corte sobre estas campañas del Bajo Misisipí en 1779, Gálvez alabaría el celo mostrado por la milicia de Luisiana en todas sus misiones y especialmente las compañías de Acadianos y las compañías de negros y mulatos libres, siempre en las vanguardias. Citó a los indios como ejemplo de humanidad, al no dañar a los habitantes británicos cuando se rendían, virtud enseñada por Santiago Tarascón y el teniente de la compañía de Opelouzias, José Sorrel, instructores de aquéllos y concedores de sus idiomas y costumbres.

Bernardo de Gálvez fue reconocido por el acierto en la dirección de los combates, por la visión de sus planteamientos tácticos (a pesar de las reticencias de algunos consejeros y la desfavorable climatología) y sobre todo por su saber transmitir moral, fe, empuje y valor a una tropa variopinta y su saber decidir en ofensiva en vez de esperar el ataque del adversario sobre la propia Nueva Orleans. Esta capacidad de iniciativa que le llevó a las victorias en el Bajo Misisipí, la premiaría Carlos III con su ascenso de brigadier a mariscal de campo.

Pero además, estas campañas no sólo previnieron ataques británicos a Nueva Orleans sino que consolidó la presencia española en la región, mitigaron la presión británica de Canadá sobre los establecimientos españoles

en San Luis de Illinois en el Alto Misisipí y permitieron el auxilio de los colonos norteamericanos. Con tales victorias, Gálvez aseguró su base de partida para impulsar las siguientes expediciones a Mobila y Pensacola.

Enviaría a su tío José su *Diario de Campaña* para que fuera enviado a la corte, pero durante la travesía fue apresado el barco y tirado al mar tan precioso documento.

Sin embargo, quedó una copia que, a bordo de la fragata *Correo*, salió de La Habana el 15 de noviembre de 1779 llegando a España el 21 de diciembre y publicada con algunos errores en la *Gaceta de Madrid* del 31 de diciembre. Fue posteriormente corregida y de nuevo publicada en la correspondiente al 14 de enero de 1780.

LAS CAMPAÑAS MILITARES ESPAÑOLAS DE 1780 EN EL ALTO MISISIPÍ

Ataque británico al puesto español de San Luis de Illinois

El comandante del puesto español de San Luis de Illinois, teniente coronel Fernando de Leyva, con precariedad de tropas y medios, recibió el 9 de mayo de 1780, un aviso referido a una fuerza de trescientos soldados británicos y novecientos indios, que al mando del capitán Langlade, se hallaban en la confluencia de los ríos Illinois y Misisipí a sólo cincuenta kilómetros de San Luis, dispuesta a atacar. Vistas las circunstancias, solicitó a su compañero del puesto de Santa Genoveva, Francisco Vallé, situado sobre el margen occidental del Misisipí, a setenta y cinco kilómetros del de San Luis, el envío de algunos refuerzos. En cuanto recibió la petición, enviaría a su segundo, el subteniente Silvio Francisco de Cartabona, que con sesenta hombres de la milicia embarcados en dos lanchas, llegarían a su destino el día 13 de mayo. Entretanto, Leyva se esforzaba en mejorar las fortificaciones de su puesto.

Dos días después, el coronel John Montgomery y algunos de sus oficiales, salieron del fuerte Bowman en el margen oriental del Misisipí, y cruzando el río, se entrevistaron con Leyva en San Luis, proponiéndole una contraofensiva conjunta contra aquella fuerza británica que descolgándose del norte, ya se encontraban a sólo veinte kilómetros.

El ataque británico-indio-canadiense contra el puesto de San Luis, se produjo el día 26 de mayo bajo el mando del capitán Esse, pero se frenó ante sus remozadas fortificaciones, el fuego de sus cinco cañones y la fiereza de sus veintinueve soldados y doscientos ochenta y un habitantes armados. Al

anohecer, cansados los indios de acometer infructuosamente las defensas y de fracasar en la penetración de las líneas españolas, se retiraron aguas arriba del Misisipí, hacia su confluencia con el Illinois. Hinchidos de rabia y odio, se dedicaron al *descabello* de cuantos capturaban a su paso.

Leyva no se lanzó a la persecución o porque no podía o por no distraer soldados fuera de la ciudad que la desasistiera ante cualquier contraataque o por recelar emboscadas o artimañas indias.

En su informe del 8 de junio al gobernador de la Luisiana, daba parte de sus bajas: catorce habitantes blancos y siete negros, muertos; seis blancos y un negro, heridos; doce blancos y trece negros, prisioneros, y centenares de reses perecidas o desaparecidas.

La salud de Leyva, delicada hacía tiempo, empeoró tras el ataque británico y un mes más tarde, escribiría su carta postrera al gobernador notificando la entrega del mando interino del puesto de San Luis y el gobierno de Illinois, al teniente Cartabona. Moriría ocho días después, siendo enterrado en el atrio del altar mayor de la iglesia parroquial de San Luis. Aunque parece controvertida su actuación en la defensa del San Luis, Carlos III, aparentemente satisfecho, le concedió el ascenso póstumo a coronel y a Cartabona el de capitán.

Después de la muerte de Leyva, se encontró Cartabona con nuevas amenazas de otro posible ataque de dos mil británicos, indios y canadienses, amenazas extensibles a otros puestos de Natchez cuyo comandante Delavillebeuvre, desconfiaba de sus propios habitantes e indios. La región vivía en estado de vigilia y hasta el mismo Gálvez había prevenido a todos los comandantes de puestos españoles del Misisipí. Incluso Francisco Collell, jefe del puesto de Galveztown próximo a Nueva Orleans, estaba alertado por un posible ataque de los indios chactas. Gálvez siempre tuvo presente la influencia de los indios en esta guerra y por eso pidió a la corte, que la casa Gardoqui mediara en la compra de seis mil fusiles para comerciar con ellos en Luisiana.

Expedición hispana-norteamericana a Michigan

A Cartabona, que sabemos jefe interino del puesto de San Luis, le sucedió como comandante del mismo, Francisco Cruzat, que desde el primer momento quiso hacer del Alto Misisipí una región tan segura como había hecho Gálvez del Bajo Misisipí, ganándose el respeto y en ocasiones valiosas alianzas con las naciones indias. La fama de Gálvez y la energía de Cruzat, contribuyó a detener el temido ataque fluvial británico a Nueva Orleans

desde Canadá, más dispuestos ahora a defender su territorio que irrumpir en el ajeno.

No obstante, ni españoles ni norteamericanos se quedaron parados y volvieron a tomar la iniciativa con la organización de una expedición que al mando de Pierre Picoté de Belestre pretendía afianzar las regiones del Alto Misisipí. Los norteamericanos, al mando del coronel Montgomery, proporcionaron cien soldados y cien habitantes voluntarios de los pueblos del este de Illinois; los españoles, respaldados por Cruzat, aportaron también cien hombres de San Luis.

La expedición partió el 13 de junio de 1780, remontando el Misisipí y luego el río Illinois hasta la ciudad de Peoria y por tierra hasta Rock River y Praire du Chien, donde encontró aldeas deshabitadas por la huida de los indios sac y fox. La expedición quemó las casas y las cosechas indias en señal de castigo amenazante.

Posteriormente, otra expedición conjunta de españoles, norteamericanos e indios, bajo la jefatura del capitán Eugène Pourée de la compañía de Caballería de San Luis, alcanzó en los primeros días de 1781 el fuerte británico de San José sobre la orilla oriental del lago Michigan, a unos quinientos kilómetros de San Luis. En la mañana del 12 de febrero se conquistaría por sorpresa, haciendo algunos prisioneros, destruyendo suministros e intimidando a los indios de aquellos territorios. A la mañana siguiente, antes de abandonarlo, Pourée leyó la siguiente proclama:

Yo anexo e incorporo dentro de los dominios de Su Majestad Católica, mi Señor, el Rey de España, desde ahora y para siempre, este puesto de San José y sus dependencias, con el río del mismo nombre y el de Illinois, el cual desemboca en el río Misisipí.

Algunos comentaristas de esta expedición a San José, especularon sobre los auténticos motivos de este curioso ataque a los Grandes Lagos, a unos mil quinientos kilómetros de Nueva Orleans. Para unos era la cobertura defensiva de San Luis; para otros, bien podría servir en unas negociaciones de paz entre España y Gran Bretaña.

Lo cierto es que esta expedición lograría sujetar un segundo ataque británico a San Luis, hacer más amigables a los indios del Alto Misisipí y, atestigüando la superioridad española en la zona, favorecer también el control norteamericano sobre ella.

Con el Misisipí libre de la influencia británica, Gálvez podía concentrar su atención sobre el golfo de México, mantener ocupados a los británicos en las costas y ofrecer más capacidad de movimientos a los colonos norte-

americanos. Y si al comenzar el año 1780 la monarquía española reconoció el fracaso de Gibraltar, también fijó su mirada en las últimas conquistas en América atendiendo las solicitudes de su mariscal de campo Bernardo de Gálvez, para organizar una gran armada que al mando del marino español José Solano, primer marqués del Socorro, podría consolidar la presencia española en el golfo mexicano y en el Caribe.

EXPEDICIÓN NAVAL A AMÉRICA DE JOSÉ SOLANO

Entre los principales objetivos de Carlos III en la guerra de 1779 contra Gran Bretaña, figuró el bloqueo de Gibraltar, pero derrotada la escuadra de Juan de Lángara ante la británica del almirante George Rodney el 16 de enero de 1780, prefirió a partir de entonces, como hemos dicho, potenciar su política americana, sin menoscabo de aquél ni olvidar la pretensión hispano-francesa de invadir a su debido tiempo las islas británicas.

Había que explotar el éxito de Gálvez en el alto y bajo Misisipí, asentar lo conquistado, concentrar fuerzas sobre el arco caribeño y golfo mejicano y con la ocupación de Mobila, Pensacola, las Bahamas y Jamaica, arrojar definitivamente a los británicos de América Central.

Durante el asedio español a Mobila, el que fuera capitán general de Cuba y ahora ministro de la Guerra, conde de Rícla, escribió un importante dictamen al Rey, fechado el 20 de febrero, sobre la nueva estrategia en América, ya vaticinada por Bernardo de Gálvez, y enviar una gran escuadra al centro neurálgico de aquellos mares, mandada por el capitán general de la Armada y primer marqués de Socorro, el extremeño José de Solano y Bote.

A Floridablanca le pareció apropiado el plan Rícla que asumiría enseguida Carlos III. El ministro de Estado escribió una carta a Aranda en París, comentando la preferencia de incrementar las fuerzas en América a la invasión hispano-francesa de Gran Bretaña, y Carlos III dio órdenes para los preparativos de aquella gran escuadra en la bahía gaditana que, aparte de los objetivos analizados, tenía la misión de ayudar directamente a los norteamericanos. El 22 de febrero, solamente dos días después del dictamen del conde Rícla, una real orden nombraba a José Solano comandante de la gran escuadra, cuyo mandato oficial se celebraría en Cádiz seis días más tarde. Después de reemplazar algunos navíos en mal estado, recibiría al día siguiente otra real orden *muy reservada*, informándole que a su escuadra de ocho navíos, se añadirían otros seis del jefe de escuadra Juan Tomaseo, y en La Habana se uniría también la escuadra cubana que mandaba el teniente

general Juan Bautista Bonet. En esa real orden se determinaba que Solano sabría exclusivamente todos los pormenores de la misma.

Los navíos de Solano, eran: *San Luis*, *Astuto*, *San Agustín*, *Arrogante*, *San Francisco de Paula* y *Gallardo* y las fragatas *Santa Rosalía* y *Santa Cecilia*. Los navíos de Tomaseo eran: *San Nicolás de Bari*, *San Francisco de Asís*, *Velasco*, *San Genaro*, *Dragón* y *Guerrero*, el chambequín *Andaluz* y el paquebote *San Gil*.

Otra nueva real orden del 17 de marzo, nombraba a Juan Tomaseo lugarteniente de Solano, y en otras instrucciones confidenciales del mismo día, se le comunicaba el transporte de la artillería de campaña, con doce mil hombres de infantería, mas dos regimientos para Puerto Rico y La Habana, todos ellos al mando del teniente general Victorio de Navia, veterano de la invasión de la isla Santa Catalina.

Se previno a Solano de que Victorio de Navia embarcaría con él en el buque insignia *San Luis* y los mariscales de campo Guillermo Vaughan y Juan Manuel Cagigal en el *Arrogante*, llevando este último de ayudante a Francisco Miranda, capitán del regimiento Aragón.

La noticia de la gran escuadra de Solano, se enviaría a Bernardo de Gálvez el 13 de marzo, coincidiendo con el día de la rendición de Mobila.

Y por real orden del 8 de abril de aquel año 1780, el ministro de Marina, marqués González Castejón, enviaría a Solano el *Plan de Operaciones en América* en el que, como sabemos, el contrapunto español en Europa era ahora el llamado por los británicos *Arco de Ulises* y por los españoles *Llaves de las Indias*, pues el archipiélago antillano se consideraba como línea avanzada de excitante localización y auténtico trampolín para, a través de las aguas de su mar, lanzar los ataques sobre el apetecido abanico continental que atesoraba riquezas vitales y estratégicos resortes, capaces de abrir y cerrar gobernaciones y virreinos.

A este mar de las Antillas o del Caribe se ceñía el teatro de operaciones de la gran armada de Solano, siendo sus bastidores combativos: las tomas de Mobila y Pensacola; la expulsión del enemigo de las costas caribeñas en Centroamérica, el aseguramiento de Caracas, Cartagena de Indias y Portobelo; la ocupación de Jamaica y las Bahamas, y reforzar la guarnición de La Habana.

Por fin, el 28 de abril, con el esperado viento a favor, Solano levó anclas en la bahía de Cádiz, al frente de un convoy de doce mil hombres y la mayor armada española enviada a América hasta entonces: doce navíos, dos fragatas, un chambequín, un paquebote, a los que había que añadir cien barcos de transporte y treinta y tres embarcaciones comerciales españolas, tres francesas y dos norteamericanas.

Mar adentro, rumbo a Canarias, avistaron dos fragatas y una balandra británicas espiando la marcha del convoy sospechando Solano que darían aviso al almirante Rodney, el cual acecharía la recalada en la que se reuniría la escuadra española con la francesa del conde Guichen.

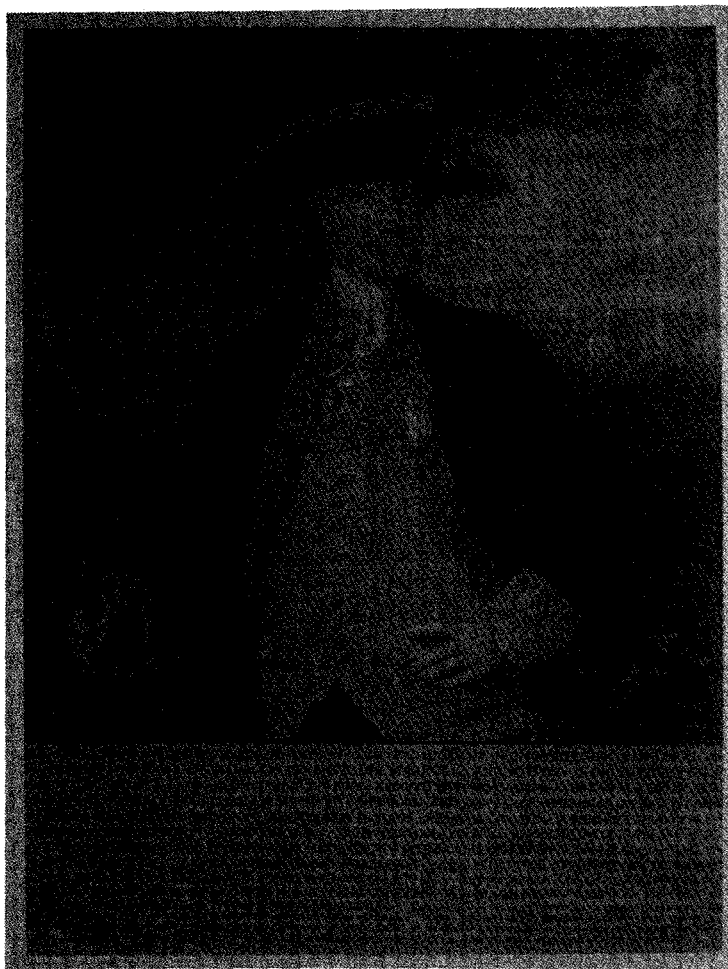
Se llegó a Santa Cruz de Tenerife el 8 de mayo y, una vez recibida la novedad del comandante general de las islas de no haber tenido a la vista a barcos británicos, la escuadra zarparía rumbo a Punta Salinas, la tierra más sureña de la isla Martinica, donde se agregaría la francesa, para hacer juntas la singladura a Puerto Rico y La Habana.

El feliz ardid de Solano

Al llegar a las cercanías de las islas Barlovento de las Pequeñas Antillas, aquellas primerizas sospechas de Solano sobre las intenciones de Rodney quedaron confirmadas, al conocer que le estaba aguardando en las aguas al sur de Martinica, precisamente en la banda donde deberían agruparse las escuadras aliadas; y como el almirante británico, uno de los más brillantes de la época, tenía una escuadra superior a la española, Solano trató siempre de soslayarle o despistarle y concentrar su atención en el cumplimiento de su misión sin enfrentamientos ni sobresaltos. Por eso pensó cambiar el derrotero de su escuadra hacia el paso existente entre la costa norte de Martinica y la sur de la isla Dominica, maniobra en feliz ardid, que hubo de transmitir al almirante Guichen para efectuar la recalada de reunión en lugar distinto al previsto. Antes de mover sus barcos, le llegaría la contestación de Guichen el día 3 de junio, aconsejando que, vistos los movimientos de los diecisiete navíos y diez fragatas de Rodney, sería preferible reunirse en el otro paso más norteño denominado Paso de Dominica, entre esta isla y la de Guadalupe, dándole cuenta de la merma de los víveres de su escuadra muy castigada también, por el último encuentro con la de Rodney en la isla Barbados. Contestación que Solano notificaría a la corte española que a su vez cursaría a la de París.

En su cuaderno *Oportuno Movimiento*, se explica el título de vizconde del Feliz Ardid concedido en 1784 por Carlos III, en reconocimiento al valor táctico de aquella maniobra.

El 9 de junio se verificó la convenida arribada de las escuadras y aunque al principio el almirante francés era remiso a acompañar a la española hasta Puerto Rico y La Habana, alegando que su misión personal era cubrir las islas francesas antillanas de los ataques británicos hasta el 1 de julio,



José Solano y Bote

como Solano le advirtiera que actuaría independientemente en cumplir la suya de llevar ropas, suministros y refuerzos a Puerto Rico y La Habana, reconquistándolos si fuera preciso, al final Guichen, obligado por las corrientes, fondearía su convoy en la rada de San Pedro (Saint Pierre) y su escuadra de quince navíos en la bahía de Fuerte Real (Fort de France), ambas en la isla Martinica.

Los días 11 y 13, Guichen envió sendos mensajes al español, instigándole a ir a Fuerte Real, pues disponía de dos mil hombres de la guarnición isleña sin poder transportarles y tenía la inquietante cercanía de Rodney que, desde el 29 de mayo, surcaba las aguas de Punta Salinas, a unos treinta kilómetros al sureste de Fuerte Real.

Nada sabía el almirante Solano del paradero de su colega británico, pero temiendo su ataque a Puerto Rico y La Habana, ofreció a Guichen tres navíos para transportar a su gente de Fuerte Real y proseguir al punto la ruta trazada de la expedición conjunta.

El 16 de junio porfió Guichen en que antes deberían unirse las escuadras para enfrentarse al común enemigo, y adueñarse del convoy de apoyo a Rodney fondeado en la isla San Cristobal (Saint Kitts) al noroeste de Guadalupe, donde era fácil destruir las fortificaciones británicas. Al término de la acción, las escuadras combinadas emprenderían el rumbo a Puerto Rico, hasta que la francesa dejase a la española en lugar seguro.

Tales propuestas y moratorias del almirante galo provocaron una junta de Solano con sus generales, en la que se dudaría de la eficacia e importancia de aquella operación, ajena a la línea maestra de la misión, cuyo objetivo primordial era llevar al ejército y la escuadra a su postrer destino, por lo que, de común acuerdo, no las estimaron conveniente.

Solano indicaría el 30 de junio como fecha de salida, pero Guichen quiso retrasarla al 10 de julio para reponer vituallas y reparar barcos. Siempre las dilaciones, aunque definitivamente la aceptaría a la condición de quedar juntos el día 19 en la bahía de Fuerte Real.

El almirante español aprovechó la estadía en Fuerte Real para poner en estado de combate a la escuadra, sustituir sus dos mil enfermos por el mismo número de soldados, renovar las aguadas de los barcos y embarcar las pocas provisiones pergeñadas por el intendente de Martinica.

Diariamente recibía información del gobernador francés de Martinica, el marqués de Bouillé, sobre los movimientos de la escuadra británica de Rodney, todavía por las islas Gordas de Santa Lucía. Se tranquilizó sobremanera al conocer que los británicos no habían atacado posesiones españolas ni francesas, sin embargo le preocupaba las malas condiciones sanitarias de sus hombres y las fuertes borrascas de aquellos días. El general Navia

también tuvo que desembarcar en Guadalupe a muchos de sus soldados aquejados de escorbuto.

Aplacado el temporal, dispusieron la partida cuanto antes, y el 5 de julio, la escuadra agrupada, comenzó a navegar a toda vela hacia Puerto Rico; previamente hubo de recoger al convoy de Navia situado a la altura de Tierra Baja (Basse Terre) en la isla de Guadalupe.

Por fin se llegó a Puerto Rico, donde desembarcaron la tropa y la artillería. Desde San Juan, el almirante español aparejó una escolta de fragatas para trasladar el cargamento correspondiente a las plazas de Caracas y Cartagena de Indias. Después dejó en la aguada de San Francisco al regimiento de la Corona con los cuatrocientos hombres allí destinados. Y a requerimiento del gobernador de Santo Domingo, Isidoro de Peralta, temeroso de una invasión británica, Navia hubo de cederle parte de su tropa.

La escuadra reunida siguió la costa meridional dominicana hasta la rada de Guarico (Cabo Francés) donde fondearía el convoy francés al que se unieron cuatro navíos al mando de Motte-Piquet. Luego proseguiría hasta las inmediaciones de Punta Maisí, la más oriental de Cuba, y en el Paso del Viento, la escuadra francesa dejó suelta a la española, regresando a Guarico. Era el día 21 de julio.

Surcando los mares del Canal Viejo de las Bahamas la escuadra española llegaría a La Habana el 4 de agosto. Allí por el horizonte marino, todavía se divisaron algunos barcos británicos.

En el muelle del puerto de la capital cubana, Solano recibiría la bienvenida de Bernardo de Gálvez que hacía dos días había llegado de Nueva Orleans; le relató su reciente conquista de Mobila y los planes sobre la futura expedición a Pensacola. La colaboración de ambos sería básica en las próximas campañas que tanto favorecerían a los norteamericanos.

Enseguida Solano despachó los socorros a Matías de Gálvez, gobernador de Guatemala y padre de Bernardo. Hay que significar que durante su gobierno en aquella región, también hubo enfrentamientos con los británicos en el marco de la guerra de la independencia norteamericana, logrando vencerlos y expulsarlos de su territorio; por su brillante actuación recibiría en 1783 el vitreinato de Nueva España.

Seguidamente Solano enviaría tres navíos y dos fragatas como escoltas de los trece barcos comerciales destinados a México.

A pesar de la importancia de la expedición de Solano a las venideras operaciones americanas en las que sus barcos y los soldados de Navia fueron decisivos, sus bajas por enfermedad serían las mayores que cualquier otra durante esta guerra.

En su *Oportuno Movimiento* el propio Solano diría años más tarde:

Así el general Solano salvó al principio de la guerra aquellos crecidos intereses del comercio y socorrió los dominios del Rey en sus Indias occidentales; sin embargo de haber apostado para eludirlo un general enemigo (George Rodney) muy acreditado y feliz y con más que duplas fuerzas; por lo cual pudieron las armas que S.M. se dignó confiarle y las del ejército que condujo no solo mantener en seguridad aquellos dominios mas hacer en las siguientes campañas las conquistas de Florida occidental con su plaza Pensacola, la de los establecimientos ingleses en la costa septentrional del reino de Guatemala, de la isla de Roatán y la de la isla de Providencia y demás de las Bahamas.

Toma del fuerte Carlota de Mobila

Los comentarios que Bernardo de Gálvez daría a José Solano en la entrevista que ambos tuvieron el 4 de agosto de 1780 en La Habana sobre la toma del fuerte Carlota de Mobila, podrían entresacarse de su propio diario, al que vamos a recurrir seguidamente, ya que consta en el legajo 31 de la colección del conde de Clonard de la 1ª Sección del Archivo de nuestro Servicio Histórico Militar.

Después de las victorias en el Bajo y Alto Misisipí, Gálvez decidiría atacar aquel fuerte mandado por el coronel Elías Durnford, veterano de la toma de La Habana en 1762, a pesar de que la corte española y algunos militares de Luisiana preferían hacerlo directamente a Pensacola como objetivo principal. Gálvez pensó la conveniencia de atacar primero a Mobila, sencillamente porque estaba más cerca, tenía menos guarnición, serviría después como punto referencial y de partida para la invasión de Pensacola y además desconfiaba (como así sucedió) de la llegada desde La Habana de los dos mil hombres de refuerzo que había solicitado en Nueva Orleáns el último día de 1779.

En los muelles del puerto de Nueva Orleáns, durante la tarde del 11 de enero de 1780, estaba dispuesta la expedición para el embarque.

Diario del sitio

Diario que yo, Bernardo de Gálvez, brigadier de los reales ejércitos, gobernador de la provincia de Luisiana, encargado por S.M. de la expedi-

ción contra Pensacola y la Mobila, informa de los acontecimientos que ocurren en ella.

2 de enero de 1780. Considerando por los avisos del capitán general de la isla de Cuba que la expedición de la Havana debía ya hallarse en el mar, no obstante estar prevenido. Se despacharía con alguna anticipación el ingeniero Francisco Javier de Navia a dar el aviso; como podía dar la casualidad de que a éste le hubiese sucedido algún accidente; para hallarme pronto y obviar detenciones, dí las órdenes correspondientes a los comandantes de los cuerpos de la guarnición y a los de los puestos de la provincia, para que el 10 en la noche, se encontrase toda la gente que debía embarcarse lista para ejecutarlo el día siguiente. En este intermedio tomé todas las providencias oportunas para que se pudiese verificar. Encargué el mando político y militar al teniente coronel graduado Pedro Piernas, y dí el de la división destinada a la empresa al coronel del Príncipe Gerónimo Girón, proveyéndole de las correspondientes instrucciones para su gobierno y nombrándole igualmente 2º jefe de la expedición.

11 de enero, por la tarde, pasé revista de embarco y concluída, se pusieron a bordo:

- 49 hombres del 2º batallón del regimiento España*
- 43 hombres del regimiento Príncipe*
- 50 hombres del regimiento fijo de la Habana*
- 141 hombres del regimiento fijo de la Luisiana*
- 14 artilleros*
- 26 carabineros*
- 223 de milicias blancas (otros autores señalan 323)*
- 107 pardos y morenos libres*
- 24 esclavos y*
- 26 auxiliares norteamericanos, siempre agradecidos a la corona española (no consta en el diario)*

Por los malos tiempos no pudo verificarse la salida del convoy, compuesto de:

- 1 fragata mercante (la Misericordia)*
- 4 saetías*
- 1 corbeta (no consta en el diario)*
- 2 bergantines (el S. Salvador de Orta y)*
- 1 paquebote (el Rosario) que hacía de hospital*

1 goleta (la Valenzuela) al mando del alférez de navío Juan Antonio de Riaño, futuro cuñado de Gálvez.

(no consta este nombre en el diario)

1 fragata de guerra (la Volante) al mando del teniente de navío Luis Lorenzo Terrazas. También en ella se embarcó el coronel Jerónimo Girón, ayudante de Gálvez (no constan estos nombres en el diario)

1 bergantín particular (el Galveztown) el rehabilitado buque insignia.

1 bergantín del rey (el Kaulican)

14 de enero, a las nueve de la mañana, se hizo a la vela descendiendo aquel día 8 leguas, a cuya distancia se encontró con la fragata Volante que había salido con alguna anticipación.

15 de enero, en ese parage se detuvo el convoy todo el día para que la tropa se acomodase del mejor modo.

16 de enero, se siguió la bajada del río (Misisipí) hasta 18 leguas de la capital.

17 de enero, se continuó sin novedad hasta 2 leguas y media de la Pasa² del Sud-oeste.

18 de enero, Se dió fondo a las 10 del día enfrente de ella, Inmediatamente se envió al alférez de navío Juan de Riaño para que la sondease y reconociese, a fin de determinar si se debía salir por ella o por la del Este.

19 y 20 de enero, permanecimos en ese parage hasta el 20 que volvió el citado Riaño y en vista de que dichas Pasas contenían los mismos pies de agua, con acuerdo del teniente de navío Luis Lorenzo de Terrazas, encargado del mando del Convoy, se determinó ejecutarlo por la última, para lo que fue necesario alijar algunas de las embarcaciones que calaban más de los 12 pies que tenía la Pasa.

21 de enero, se adelantó el convoy dando fondo en las inmediaciones de la Pasa de Lutra, donde por falta de buen tiempo permanecimos al abrigo de una pequeña isla hasta el 27.

² Canal entre bajos por donde pueden pasar los barcos. Al acercarse a la desembocadura del Misisipí, Gálvez quiso averiguar la mejor salida al golfo de México; de ahí los tanteos.

27 de enero, Este día, a las 9 de la mañana, hizo señal la fragata Volante para que las embarcaciones se hiciesen a la vela; lo que se efectuó dando fondo junto a la Pasa del este.

28 de enero, salió todo el convoy a escepción de una delas saetías que habiendo faltado el viento, no pudo verificarlo hasta el 4 de febrero.

En ese intermedio se hicieron varias tentativas para dar vela, pero no se pudo conseguir hasta el 6.

6 de febrero, habiendo navegado entodo el día como la distancia de 20 leguas, al anochecer estando los orizontes muy oscuros y soplando el viento Sud-oeste con bastante fuerza, hizo señal el comandante de mantenerse a la capa³, dando resguardo a la tierra.

La noche fue mui rigurosa de viento, agua, truenos y granizo, con un torbellino que nos tubo a pique de zozobrar. A las 11 cambió el viento al Este; que no fue poca fortuna para libertarnos de la costa en que nos había empeñado el Sud-oeste.

7 de febrero, por la mañana, no obstante la mala noche, se observó que las embarcaciones se mantenían juntas, pero permaneciendo el viento, muy fuerte, estuvimos a la capa todo el día.

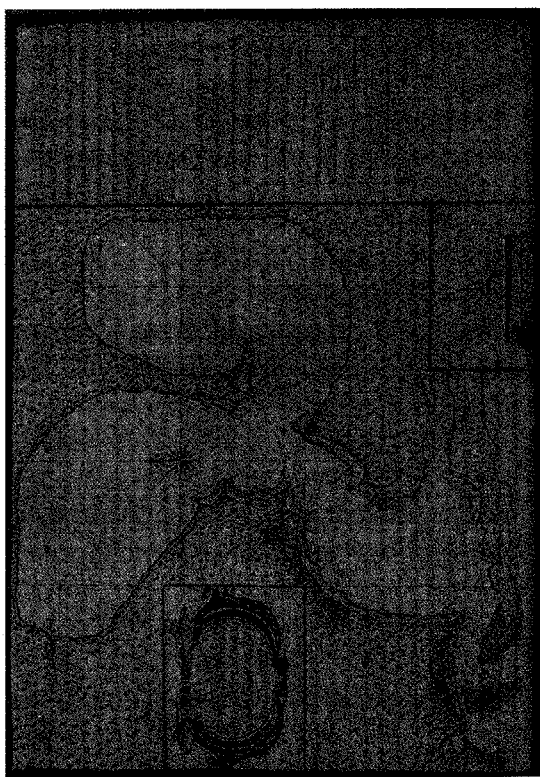
8 de febrero, al amanecer se encontró el bergantín Gálvez, en que yo iba con solas cuatro embarcaciones y aún dos de ellas desaparecieron al anochecer por haberme detenido con mi bergantín a la conserva de otro del convoy que hacía mucha agua.

9 de febrero, por la mañana, teniendo viento favorable, hice señal para que las embarcaciones que me seguían, forzasen la vela. A poca distancia se reconoció la tierra junto al Rio Perdido. Al medio dia, se descubrieron frente a la bahía de la Mobila, la fragata Comandanta con otras cuatro naves del convoy; pero habiendo calmado el viento no pudimos juntarnos hasta el anochecer.

Dentro del canal que dá entrada a la bahía dela Mobila, se hallaba una embarcación, la cual reconocimos no ser española; y pareciendo de más porte y fuerza que la fragata Volante, se dieron disposiciones para atacarla la misma noche conla goleta la Valenzuela que lleva un cañón de a 24 en la proa y varias lanchas armadas.

Antes que esta providencia se pusiese por obra, avisó una delas centinelas dela fragata Volante, que habiendo observado un bote que se acercaba a ella y gritándole quien vive hasta 3ª vez, los que venían dentro habiendo hablado a su parecer en inglés y puéstose en fuga. Con este motivo se

³ *Estarse o ponerse a la capa, adoptar el navío una determinada posición cuando el estado del mar no le permite proseguir su ruta y quiere evitar embates peligrosos.*



Plano del Puerto de Pensacola

despachó inmediatamente a Juan de Riaño en una lancha bien armada y esquifada para alcanzar el bote. Dicho oficial volvió a las 9 y media de la noche con un pequeño guairo que apresó dentro de la bahía con cinco hombres y el 2° capitán de la embarcación.

Este informó ser una fragata que había salido de Panzacola cinco días antes con algunas mercancías para la Mobila, que tenía 16 cañones montados y solo 20 hombres de tripulación.

Al punto volvió a salir Riaño con la goleta y tres lanchas armadas para atacar la fragata; pero habiendo tenido la desgracia de que el práctico con la oscuridad de la noche hiciese barar tres veces la goleta en la barra, se vio en la precisión de abandonar la empresa.

10 de febrero, por la mañana el viento Sud-oeste y la mar comenzaba a ponerse muy gruesa; por lo que se apresuraron las providencias para entrar en la bahía y ponerse a su abrigo. La fragata Volante fué la primera que pasó la barra con felicidad. Inmediatamente le siguió el bergantín Gálvez y ambos iban con la idea de atacar la fragata inglesa, cuya tripulación reconociendo enemigos, la dejó abandonada sobre un banco de arena que hay inmediato al canal. El comandante de la Volante sin advertirlo porque estaba a proa del viento y que había ya despachado el práctico a que entrasen las demás embarcaciones, al tiempo de asegurar la bandera, baró en el mismo banco. El Gálvez que iba empeñado sobre la fragata, tuvo la misma suerte, y otras cuatro embarcaciones bararon fuera de la barra. Arreció el tiempo en términos que imposibilitó poderse socorrer unos a otros. La Volante trabajó todo el día para salir, y no lo consiguió. El bergantín Gálvez permaneció encallado desde el medio día hasta la una de la noche que a fuerza de indecible trabajo salió maltratado haciendo 9 pulgadas de agua por hora. De las otras cuatro embarcaciones, dos pudieron zafarse, y las otras quedaron encalladas pidiendo socorro para salvar la tropa y la tripulación.

11 de febrero, permaneció el tiempo tan malo que fue imposible dar socorro a las embarcaciones perdidas, estando muy a pique de suceder igual desgracia a las demás que se hallaban fuera. Este día continuó el comandante de la fragata haciendo los mayores esfuerzos para sacarla, pero sin fruto.

12 de febrero, permitiéndolo el tiempo, tomé el partido de desembarcar en la playa de la punta de la Mobila con la tropa que llevaba en las balandras que habían entrado sin desgracia con el fin de que se desahogase un poco y al mismo tiempo providencié ejecutar lo mismo de las demás embarcaciones que fueron entrando.

El mismo día por la madrugada, a costa de mucho riesgo y fatiga, se salvó la tropa y marinería de las embarcaciones perdidas que habían pasado dos días con sus noches en un continuo peligro de perecer sin poder ser socorridas. Debióse el logro de esta operación, a las activas disposiciones del Capⁿ comandante de las milicias de la Luisiana, Gilberto Antonio Maxent que la ejecutó con las lanchas de las saetías S. Vicente Ferrer y S. Francisco de Paula que acababan de entrar en la bahía con felicidad. La Volante, permitiéndolo el viento, empezó a aligerar su carga.

13 de febrero, aparecieron las demás embarcaciones que faltaban a excepción del bergantín del rey el Kaulican. Por la tarde entraron sin desgracia la fragata mercante Misericordia y el bergantín S. Salvador de Orta y habiendo puesto a la vela para ejecutarlo, el paquebote Rosario que hacía de hospital, tubo la desgracia de barar fuera de la barra, sin que las diligencias que hizo su capitán para salir, hubiesen producido efecto alguno. Aquella noche se condujo a tierra la tropa de las tres referidas naves.

14 de febrero, amaneció con el viento por el Sud-oeste, fuerte, lluvia, truenos y relámpagos, en disposición que las embarcaciones encalladas empezaran a hacer agua, de suerte que a excepción de la gente y de lo poco que se salvó sobre una pequeña isla, todo lo demás quedó perdido. La Volante que hasta entonces daba esperanzas de poderse sacar, se llenó de agua hasta la cubierta y lo mismo la fragata inglesa.

15 de febrero, se trabajó con las lanchas en desembarcar víveres y acarrear los efectos que se habían salvado de los buques perdidos.

16 de febrero. No consta en el diario, se supone que a continuarían con la labor anterior.

17 de febrero, viéndome ya con toda la tropa junta en la playa desierta, la pasé revista y hallé que había cerca de 800 hombres náufragos que solo habían podido salvar sus personas, la mayor parte de ellas desnudos; perdiéndose, por consiguiente, los víveres que les correspondían con gran parte de las municiones y artillería. En estas circunstancias no nos quedaba otra esperanza de socorro que el que nos proporcionasen las armas; pero confiado en las buenas disposiciones de la tropa que en medio de la más espantosa calamidad conservaba siempre el mismo anhelo de que la llevasen al enemigo, dispuse que con los fragmentos de las embarcaciones perdidas que se encontraban sobre la costa, se hiciesen escalas para seguir a la Mobila y emprender la toma del castillo por escalada, respecto a que la desgracia nos había privado de los medios de practicarlos por un sitio formal. También mandé que al día siguiente se empezase a reembarcar la tropa, dejando allí solamente la que no pudiese entrar en las naves. Para seguridad de ésta y defender la entrada de la bahía con los cañones de la Volante, se estableció una batería en la punta que mira a la embocadura.

18 de febrero, se puso la tropa a bordo.

19 de febrero, se a visto a las 3 de la tarde , una pequeña balandra que hacía viage para ganar la entrada de la bahía. A las 4 y media se reconoció ser española e inmediatamente salió el práctico para entrarla. A la oración salió su capitán a tierra que nos informó venía de La Havana con carga de sal para la expedición; que con él había salido la fragata de guerra, el chambequín Caimán, el paquebote San Pío y los bergantines Sta Teresa y el Renombrado con alguna tropa del rgto de Navarra, de cuyas embarcaciones se habían separado 3 días antes a causa del viento impetuoso.

20 de febrero, por la mañana, no fue el tiempo favorable para subir la bahía, hasta las 11 del día, en cuyo tiempo, se avistaron 5 embarcaciones que navegaban hacia aquel parage. A las 2 y media, se reconoció ser las de guerra ya mencionadas y una saetía catalana. Con este motivo, suspendí hacerme a la vela hasta tanto que estos buques hubiesen entrado. Hicieronlo a las 4 dela tarde con felicidad los de guerra. La saetía catalana, no habiendo podido seguir las aguas delos primeros, se mantubo a la capa hasta las 5, y tiró 3 cañonazos pidiendo práctico; pero hallándose el viento por el Sud-oeste, la corriente en contra y la mar mui alta, no pudo salir y la saetía birando de bordo se perdió de vista. En ese intermedio pasé a la fragata Caimán con el coronel Gerónimo Girón a donde vino el ingeniero en 2º, Francisco Javier de Navas y me entregó los pliegos de oficio que le había encargado el capitán general de la isla de Cuba. Por ellos supe que dentro de pocos días, permitiéndolo el tiempo, debía salir de La Havana la deseada expedición.

21 de febrero, por la mañana amaneció mui nublado, con viento Nort-oeste mui fuerte, que se mantubo todo el día sin dejarnos hacer a la vela para la Mobila. Al anoecer cambió al oeste con gran violencia, permaneciendo hasta el 22.

22 de febrero, en la noche arreció en términos que el bergantín S. Salvador de Orta, la balandra del rey la Terrible, la embarcación cargada de sal y un pequeño guayro, habiendo perdido sus anclas, los arrojó el viento contra la costa y se encallaron enla punta dela bahía sin perecer persona alguna. Este segundo contratiempo que volvía a interrumpir nuestros designios, no produjo más efecto en la tropa y marinería que alegrarse de que la primera desgracia los hubiera hecho prácticos en el modo de vencer esta clase de dificultades.

23 de febrero, amainó el viento, y no obstante lo mucho que se trabajó para sacar las embarcaciones baradas, solo se logró con el pequeño guayro y la balandra Terrible. Asimismo, se ocuparon las lanchas en transbor-

dar a las demás embarcaciones la tropa del bergantín S. Salvador de Orta y la que se había destinado a la balandra de la Havana. Todo se ejecutó con gran riesgo y fatiga, por que el mar no se hallaba aún pacífico y aquellos parages están sembrados de escollos, pero el mal se remedió con prontitud y felicidad.

24 de febrero, siendo el viento favorable, hizo señal la fragata Caimán (a cuyo comandante Miguel Goicoechea se había entregado el mando del convoy por su mayor graduación) de hacerse a la vela. Al punto empezaron a ejecutarlo todas las naves, y a las 11 y media fué la última la espresada fragata. En todo el dia se navegaron 5 leguas, a cuya distancia se quedó el Caimán por no haber fondo suficiente para pasar adelante.

25 de febrero, las demás embarcaciones continuaron con bastante precaución hasta las cercanías dela embocadura del rio de los Perdidos, distante 3 leguas de la Mobila, donde dieron fondo entre 11 y 12 de la mañana.

Dispuse al punto que desembarcase una partida de tropa ligera a la descubierta, y a las 12 y media salté a tierra con el coronel Gerónimo Girón y el ingeniero Francisco de Navas. Reconocimos el terreno y de común acuerdo dispusimos campar en este parage apoyados a la orilla izquierda del espresado rio, en el desmonte de una habitación perteneciente a mr Orbanne de Mony, francés. Se dieron las órdenes para que se continuase el desembarco y supimos que habían salido todas las naves últimamente baradas, sin particular daño.

En aquella habitación, nos informaron que el 23 había estado en ella Juan Estuard, comisario de indios por los ingleses, con una partida que iba recogiendo todas las embarcaciones menores delas habitaciones dela bahía; que otra partida de ingleses recogía los blancos y negros de su nación, obligándoles a tomar las armas; que estaban mui animados con la noticia dada por dos desertores nuestros de que habíamos perdido 700 hombres; y que quemaban o destruían las casas, habitaciones y ganados delas cercanías del fuerte. A la oración se presentó un negro escapado del castillo la misma tarde, que confirmó lo expuesto, añadiendo que en el fuerte había 700 hombres.

26 de febrero, se continuó el desembarco dela tropa y víveres y se despachó al ingeniero en 2º Francisco de Navas con una escolta a reconocer el parage proporcionado, para hacer el 2º campamento y desembarco de la artillería.

La galeota Valenzuela, al mando del teniente de navío Luis de Terrazas, se adelantó hasta frente del fuerte a distancia proporcionada al tiro de cañón de a 24, de donde hizo algún fuego sin correspondencia.

27 de febrero, se acabó de desembarcar la tropa y volvió a salir el citado ingeniero a hacer un 2º reconocimiento por no haber encontrado el día anterior sitio cómodo para el desembarco de la artillería.

28 de febrero, habiendo salido bien temprano dicho ingeniero para demarcar el campamento en el sitio que se encontró más conveniente a distancia de tres cuartos de legua del fuerte y el extraordinario Francisco Gelabert con 50 hombres para componer el camino y hacer puentes en algunos bayües; a las 9 y media se levantó el campamento y pasando las tropas en las lanchas el río de los Perros, llegó al 2º campo a las 4 de la tarde. Este día continuó la galeota haciendo fuego al fuerte, pero sin correspondencia del enemigo; y las lanchas se ocuparon en pasar del 1º al 2º campamento todos los efectos que habían quedado y algunos víveres.

29 de febrero, pasó a reconocer el fuerte el coronel Gerónimo Girón con la escolta de dos compañías de tropa reglada, una de milicias y otra de negros y mulatos, logrando introducirse por el bosque a una casa que se halla a tiro de fusil, desde donde no pudo registrar más que lo exterior, y habiendo sido sentidos, hicieron fuego del fuerte, algún fuego a bala rasa y metralla sobre nuestra gente, pero sin que hubiese habido desgracia. Este día la galeota se acercó más, y habiendo hecho fuego, le correspondieron con varios cañonazos que hicieron alguna avería en su jarcia. Las lanchas se ocuparon en acarrear víveres, herramientas y tablasón.

En este día llegaron 20 indios con dos gefes de los del partido de los ingleses, pidiéndome amistad y protección, la que después de las acostumbradas arengas, les ofrecí siempre que se mantuvieran neutrales.

1 de marzo, pasé a reconocer el fuerte, al mismo parage que había estado el día anterior el coronel Gerónimo Girón, desde donde observé ardían parte de las casas del pequeño pueblo. Este día envié al fuerte, al teniente coronel Francisco Boulligny y un tambor con bandera de par y una carta escrita en francés y dirigida al comandante, en que le decía lo siguiente:

Si el número de tropas con que yo voi a embestir ese castillo no excediese en mucho al que V. tiene para defenderle, no le propondría que se rindiese: pero la gran desigualdad de fuerzas nos pone en el caso, o de que V. ceda inmediatamente, o de que yo le haga sufrir todas las estremidades de la guerra si una resistencia inútil e inoportuna irrita la paciencia de mis tropas, ya demasiado aburridas con algunos contratiempos que han sufrido. Hoy estoy dispuesto a conceder una capitulación regular y conforme a las circunstancias: mañana no tendrá V. quizá otro recurso que el infructuoso arrepentimiento de no haber aceptado mi proposición en favor de los infelices que están bajo su mando. Del Río de los Perros a 1 de marzo de 1780.—

Tengo el honor de ser su más humilde y obediente servidor. Bernardo de Gálvez— Sr. Elías Durnford.

A las 4 de la tarde volvió el citado Boulogne con la respuesta siguiente:

«Señor: he tenido el honor de recibir la carta en que V.S. me requiere rinda inmediatamente el fuerte de mi mando a sus fuerzas superiores. Estoy convencido de que la diferencia del número milita a favor de V.S.; pero no por eso está mi tropa en ánimo de condescender a lo que propone y mucho menos yo, que si entregase el fuerte sería mirado como un traidor a mi rey y a mi patria. El fuerte amor a estos dos respetables objetos y mi propio honor, exigen que no me rinda hasta hallarme en la necesidad de hacerlo, y estar convencido en la práctica de que es vana mi resistencia. La generosidad del alma de V.S. es muy pública entre nosotros, igualmente que el dulce trato que ha dado a mis compañeros así oficiales como soldados que fueron sus prisioneros en el Misisipi ¿ Y para mí solo había de ser una desgracia el ser añadido a este número? Un corazón lleno de generosidad y de valor considerará siempre a los hombres bizarros que combaten por el rey y por la patria como objeto de estimación y en ninguna manera de venganza. Tengo el honor de ser con el mayor respeto y atención, el más humilde y obediente servidor de V.S.— Elías Durnford— Sr. General Gálvez».

En vista de esta respuesta, se dió la orden para mudar al día siguiente el campo a un parage elegido por el ingeniero Navas, inmediato a el que se debía establecer su batería.

2 de marzo, por la mañana, cuando la tropa se estaba disponiendo para la marcha, un miliciano que había salido a la descubierta, trajo la noticia de haber visto salir del fuerte como unos 60 hombres armados. Con este motivo, salió el coronel Gerónimo Girón con un destacamento de 200 hombres: volvió a la una y me dijo que habiendo sido sentidos o vistos, tocaron la llamada en el fuerte, y se observó entraron los que habían salido, y que solo habían encontrado al hermano del comisario de indios, que traía prisionero. Esto impidió se levantase el campamento, pero se repitió la orden para que al siguiente, se verificase, y se tomaron las medidas necesarias para empezar a desembarcar la artillería.

3 de marzo, a las 9 y media se levantó el campo, poniéndonos como a dos mil varas de distancia del fuerte, y después se empleó todo el día en conducir pertrechos, víveres y otros efectos del viejo campo, a donde se dejó a un destacamento. Al anoecer, se enviaron dos partidas sobre el fuerte, la una para cortar cualquier tropa que saliese de él, y la otra para

recoger los despojos de algunas casas abandonadas. Esta pudo traer mui poco, pues hallaron que la mayor parte estaban incendiadas.

4 de marzo, se continuaron los trabajos de conducir al campamento, víveres y pertrechos, y se trageron dos cañones de a 18 con tan buen ánimo y alegría de la tropa que los tiraba, que desde el desembarcadero hasta el parque que dista más de media legua, solo tardaron media hora.

5 de marzo, prosiguió la conducción dela artillería y pertrechos, y se dió principio a hacer faginas. Este día con motivos de haber dado permiso para que algunas personas delas refugiadas al castillo viniesen a traer refrescos a sus familias, el gobernador y yo nos hicimos recíprocamente un regalo de vinos, gallinas, confituras y tabaco. Al mismo tiempo, tratamos de obviar la total desolación del primoroso pueblo que estaba al amparo del fuerte de que ya se habían incediado muchas casas, no pareciéndonos conforme a la razón que aquellos miserables habitantes que no tenían parte alguna en la guerra sintiesen con tanta crueldad sus estragos. Por mi parte aseguré que los prisioneros serían tratados mientras estuvieran en mi poder, con todos los respetos dela humanidad; y prometí que mis partidas volantes no harían el menor daño a los moradores que hubiesen ido a guarecerse a los bosques y malezas de aquellas cercanías. El gobernador reconocido a mis proposiciones, manifestó que por su parte, no había hecho más devastaciones que las que exigía su defensa, y que la mayor parte delas casas quemadas lo habían sido contra sus positivas órdenes.

6 de marzo, antes de amanecer, salió el coronel Gerónimo Girón y el ingeniero en gefe Francisco Navas con la escolta dela compañía de granaderos del España, una división delos piquetes y 20 negros, a marcar la paralela y situación de la batería, logrando hacer la operación sin ser incomodados del fuerte.

A las 10 pasó el coronel a reconocer una habitación abandonada a la orilla dela bahía y mui próxima al campo y almacén de víveres, se dispuso ocuparla inmediatamente.

7 de marzo, fue el ingeniero en gefe con la correspondiente escolta a levantar el plano del terreno intermedio entre el campo y el castillo. En este día, se continuaron los trabajos y tuvimos la desazón de que al caer un árbol que se estaba cortando, maltrató a un cabo y dos soldados del España, dejándolos bien lastimados. También se supo por una carta interceptada, que los enemigos esperaban de Panzacola mui considerble socorro: con cuyo motivo previne lo conveniente al capitán de fragata Miguel Goicoechea por si acaso venía por mar y despaché dos partidas por tierra a la descubierta.

8 de marzo, queriendo asegurarse el ingeniero Navas, si las marcas permanecían en donde se habían situado para la dirección de la trinchera, fue a reconocerlas al amanecer, y le hizo fuego una partida del castillo que estaba emboscada, del que solo nos resultó un herido. Los nuestros hicieron un vivo fuego, y después se supo habían muerto un inglés y herido al capitán y otros dos. Se concluyó de traer la artillería al campo, y se continuaron haciendo faginas y salchichones. Murieron el cabo y uno de los soldados que maltrató el árbol. Al anoecer se enviaron dos partidas de las cuales una era la compañía de cazadores de los piquetes y otra se componía de 20 milicianos. Las dos fueron emboscarse en las inmediaciones del fuerte para cortar cualquier partida que saliese de él.

9 de marzo, volvieron las partidas asegurando que nadie había salido. Este día se concluyeron las faginas, salchichones y demás aprestos para formar el ataque; y al anoecer, después de haber hecho a las tropas y milicias una corta arenga para animarlos, salieron del campo 200 hombres de armas y 300 trabajadores para abrir la trinchera. Se situó la gente en los parages oportunos y empezó el trabajo con tanta viveza que a las 10 de la noche, tuvimos la felicidad de no ser sentidos. Se interceptaron a los enemigos dos sartas, por las lanchas que teníamos a este fin en el río de la Mobila y la bahía en las cuales se confirmaba la noticia de que estaba ya muy próximo un poderoso socorro. En su consecuencia se tomaron las medidas oportunas para no ser sorprendidos.

A las tres, ya se habían apostado las gentes de armas en las trincheras.

10 de marzo, antes de amanecer se relevó la trinchera con 150 hombres de armas e igual número de trabajadores y se empezó a formar la batería. Los enemigos luego que pudieron ver la trinchera hecha y el espaldón, empezaron un vivo fuego de cañón con bala y metralla, caravinas y mosquetes, dirigido al espaldón.

Duró hasta las 11 y tuvimos 6 muertos y 5 heridos; entre los primeros, Pedro Borrell, teniente de milicias de la Luisiana e ingeniero voluntario; de los segundos, el teniente de navío Luis Lorenzo de Terrazas que por haber desembarcado el cañón de la galeota que mandaba, había solicitado con su segundo Juan de Riaño, servir de voluntario durante el sitio. Por esta causa cesó el trabajo, para continuarlo a la noche con menor riesgo. De esta hora en adelante fue más lento el fuego de cañón y mosquete, dejando algunos intervalos sin hacerle. Aquella noche llovió tan fuertemente que se adelantó muy poco en la batería y demás trabajos; no obstante que el fuego fue muy lento por el frente atacado, porque recelosos de que aprovecharíamos la noche para el asalto, se emplearon en hacerlo por todos los cuatro frentes.

11 de marzo, desde el amanecer se trabajó con viveza en ensanchar la trinchera para conducir por ella a cubierto la artillería, y se continuó la batería a pesar del fuego del fuerte.

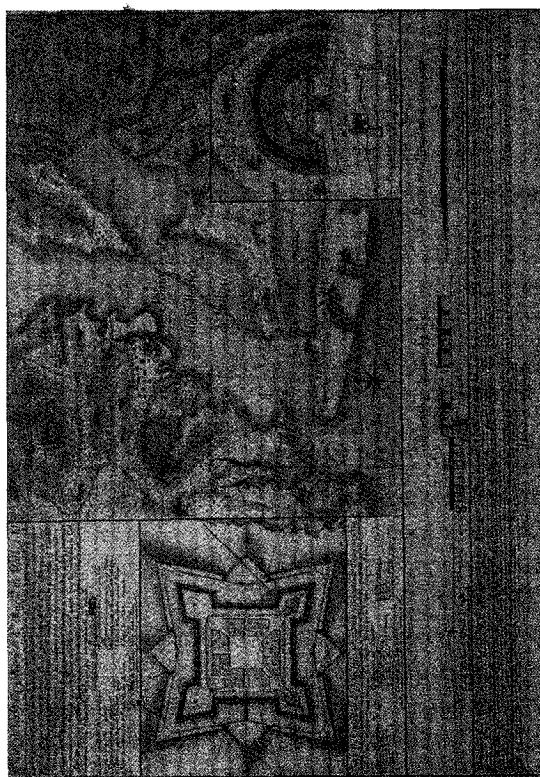
Volvieron las dos partidas que se habían enviado el 7 a la descubierta, cuyos comandantes me informaron, el uno que habiendo llegado al anochecer a un parage llamado Tinzá, observó un campamento que se empezaba a formar: que había como 20 tiendas puestas y que trabajaban en tender otras; que había muchos fuegos y que a su parecer, se hallarían allí más de 400 hombres. El 2° informó lo mismo con la diferencia de aumentar el número hasta 600: con cuyo motivo se reforzaron las guardias y se tomaron todas las precauciones necesarias para no ser sorprendidos.

Dispuse para divertir a los enemigos y que inquietasen menos a nuestros trabajadores, que por la bahía se acercasen algunas lanchas, y las pequeñas embarcaciones hiciesen movimientos aparentando alguna idea por el frente del muelle. Sin embargo no cesaron de hacer fuego contra la batería y trinchera, pero sin fruto.

12 de marzo, al amanecer, estaba ya concluída la batería y los cañones al frente de sus troneras, hasta las 10 de la mañana que se gastó en aprontar municiones y arreglarlo todo. A esta hora, se rompió el fuego con la mayor viveza con ocho cañones de a 18 y uno de a 24; y los enemigos respondieron con la misma.

Nuestro tiros hacían el mayor efecto en los parapetos y embrasuras de las dos caras que se batían. Duró incesante de una parte y otra (porque cuando se les desmontaban un cañón, ponían otro), hasta ponerse el sol, que los enemigos isaron bandera blanca.

Nuestro daño fue de un muerto y tres heridos (siendo de éste número el capitán del Navarra, Enrique Grimarest, mayor de trinchera, y el de milicias de la Luisiana Enrique Duprez, ayudante del 2° comandante general) y un cañón desmontado por una bala enemiga. A dicha hora salió un oficial del castillo pidiendo de parte de su gobernador que se enviase recíprocamente un oficial en rehenes, testigo de que ni en su castillo ni en nuestras obras se hacía trabajo alguno. Convine en esto, enviando de la mía un teniente del rgto Navarra, y el oficial inglés trajo una carta de su gobernador en que me pedía una suspensión de hostilidades por aquella noche hasta las 7 de la mañana y en cuyo término me enviaría las proposiciones para entregar el fuerte a las armas del rey. Accedí a esto bajo la expresa palabra de honor de que no fuese tomarse tiempo para recibir el socorro que esperaban, ni para hacer salir juntamente del fuerte los marineros y habitantes que con él se habían comprometido a la defensa.



Plano de la Bahía y Puerto de Santa María

13 de marzo, me envió el comandante las proposiciones en términos inadmisibles y viendo no accedía a lo que se deseaba, le dí cuatro horas de tiempo para que acabase de determinar bajo las circunstancias de que aquella noche había de quedar ocupado el foso por tropa española, la puerta abierta y los nuestros con las llaves de la barrera; la brecha que ya era accesible aunque con alguna dificultad y las plazas de armas del camino cubierto; sin lo que volvería a empezar el fuego, luego que se cumpliese el término.

Reciví varios avisos así de particulares como de indios que estaba inmediato a nosotros el socorro de que se ha hablado y que este era el general Campbell con 1.100 hombres, dos cañones de campaña, un obús y algunos indios talapuches, por lo que se reforzó la guardia de la trinchera, se puso un cordón de centinelas desde el foso del fuerte a ella, para tener pronto aviso de cualquiera ocurrencia, y se mantuvo la tropa toda la noche sobre las armas, teniendo partidas por todas partes para evitar ser sorprendidos.

14 de marzo, a las 10 de la mañana entregaron el fuerte bajo condiciones que espresa la capitulación que acompaña; quedando prisioneros: del regimiento 60, un capitán, dos tenientes y un alférez, 15 sargentos y 78 soldados: del cuerpo de Mariland, un sargento y 15 soldados: de artillería, un cabo, dos soldados y un armero: dos cirujanos, 60 marineros, 54 habitantes y 51 negros armados.

Acabada la ceremonia, estando la tropa sobre las armas, le dí gracias en nombre del rey por la firmeza que había manifestado en todos los contratiempos que habíamos sufrido y por el celo, valor y constancia con que todos se portaron hasta lograr el éxito y les ofrecí en el mismo real nombre por premio de sus fatigas, la tercera parte del valor de los efectos que se encontrasen en el fuerte.

Envié dos lanchas armadas para que internándose en el río, observaran los movimientos del general Campbell.

A la tarde se mudó el campo al abrigo del cañón del castillo, y se pusieron en sus almacenes, todas las municiones y pertrechos que teníamos en el parque, trincheras y baterías, no habiendo sido posible retirar más cañón que el día 24.

Se empezaron los inventarios de cuanto contiene la fortificación con arreglo a ordenanza que concluidos acompañarán.

Llegaron 4 embarcaciones de la Nueva Orleans, con 130 hombres de milicias que quedaron por falta de buque cuando salió la expedición y en los que están incluso 26 americanos y 27 milicianos que en la llegada que hizo el bergantín Kaulican al río Misisipí saltaron a tierra para poder venir

con más prontitud por los lagos. Llegó también a 4 leguas de distancia el dicho bergantín, que entró en la bahía para dejar 50 tercios de harina que había recibido.

15 de marzo, tuve otro aviso de que sabido por el general Campbell la rendición del fuerte, resolvía retirarse; asegurando el que dió la noticia que su fuerza consistía en los 1100 hombres de tropa reglada, indios y cañones que quedan indicados; lo que deja bien advertir en cuan críticas circunstancias nos hubiéramos visto si por menos actividad y viveza en los trabajos se hubiese dilatado la rendición del castillo.

16 de marzo, trabajó la tropa en acarrear los cañones de la batería al fuerte.

17 de marzo, vinieron las lanchas que habían salido el 14 a observar al general Campbell, con un capitán y 20 dragones de milicias inglesas que hicieron prisioneros a 10 leguas de distancia de la Mobila, informándome el que mandaba dichas lanchas que a haber llegado tres horas antes al parage a donde aprendió a los ingleses, hubiera cogido al general Campbell, quien había salido a alcanzar su ejército que iba de vuelta para Panzacola.

Prestaron juramento de fidelidad 80 habitantes ingleses.

Se encontraron en el castillo 36 cañones nuevos de hierro de los calibres de a 12, 9 y 6, y 13 pedreros; 7 cañones de mediano servicio y 9 inútiles. Había también todo el balerío, metralla y utensilios necesarios para el buen servicio de estas piezas; 384 fusiles nuevos, muchas escopetas para indios, 200 quintales de pólvora y otros varios pertrechos.

Mobila 18 de marzo de 1780.— Bernardo de Gálvez.

Capitulaciones.—No se hacen constar.

Terminada esta conquista, el general Gálvez, regresó a La Habana para dar calor a los preparativos contra la plaza de Pensacola.

Posteriormente, el 20 de marzo, Bernardo de Gálvez escribiría una carta a su tío José de Gálvez, secretario de Estado y del despacho de Indias, que decía:

Mui Sr. mio: tengo la satisfacción de participar a VE, cómo el 14 del presente, después de cuatro días de trinchera abierta, se rindió a las armas del rey, el castillo de la Mobila con 300 hombres de guarnición que han quedado prisioneros de guerra y 35 cañones y 8 pedreros montados.

Dicha toma nos ha costado algunas desgracias y mucho más tiempo del que se pensó, porque a más de ser el fuerte de por sí de bastante resistencia, ha cuatro meses que los enemigos no han hecho otra cosa que fortificarlo, dándole a sus parapetos siete pies más de grueso del que tenía en tiempo de los franceses. La resistencia que ha hecho ha sido vigorosa y aunque esto solo no deja de dar mérito a la empresa hecha por tropas fatigadas, desnudas y salvadas de un naufragio, hay otra circunstancia que creo merece que V.E. se digné elevarla a la consideración de S.M.

Esta es, que habiendo llegado a Panzacola la noticia de nuestro naufragio con el aumento de que habíamos perdido 700 hombres, resolvió el general Campbell (dejando en aquella plaza una corta guarnición), venir a atacarnos por tierra con la mayor parte de sus fuerzas y ánimo hecho de decidir aquí la suerte de la provincia, lo que puso en práctica, llegando con 1100 hombres a nueve leguas de nuestro campamento y a la vista su vanguardia, antes que por nuestra parte se hubiera empezado a abrir las trincheras, porque habiendo perdido en el naufragio la mayor parte de las lanchas, apenas bastaban las que habían quedado a traer víveres para nuestra subsistencia y se hacía el acarreo de municiones y pertrechos con demasiada lentitud.

V.E. puede hacerse cargo de nuestra situación en vísperas de que nos faltase el alimento, muy pocas municiones (pues la mayor parte se perdieron también en el naufragio), 1100 hombres a la vista, a quienes el citado general había quitado las piedras de los fusiles para que nos atacasen al arma blanca; 300 en el castillo, que con los del general Campbell, componían 1400, número igual al nuestro; y de su parte el país y la protección del fuerte. Toda esta desagradable perspectiva, no quitó a nuestros oficiales y tropa la confianza y la esperanza de vencer; antes al contrario, criando la necesidad de nuevas fuerzas, se apresuraron los trabajos, se abrió la trinchera, se estableció la batería, se atacó y rindió el fuerte a vista de la vanguardia enemiga y del general Campbell que se contentó en permanecer ocho días observándonos, y siendo testigo del valor y constancia de nuestra tropa; con lo que habiendo cambiado de resolución, levantó su campo para retirarse a Panzacola con su ejército, de cuya retaguardia una de nuestras partidas, logró tomarle un capitán y 20 hombres prisioneros.

No cabe en expresiones el sentimiento con que todos los individuos de mi pequeño ejército, vieron retirarse al del general Campbell sin venir a las manos, ni podemos reflexionar sin dolor el que si la expedición de La Havana hubiere llegado a juntarse con nosotros, hubiera sucedido a los ingleses lo mismo que en Saratoga; y para que V.E. conozca si esta creencia es bien o mal fundada, sin más pan que para ocho días y la carne que

encontraba en las habitaciones, contando llegar al castillo antes de ser tomado; que el camino por donde había devolverse es siete leguas mas largo que el que nosotros teníamos que hacer para cortarle la retirada e impedirle el paso del Rio Perdido, indispensable para restituirse a Panzacola.

Conozco que V.E. leerá con el mismo pesar que yo escribo, la noticia de que se ha malogrado una ocasión que además de darnos a Panzacola, hubiera sido gloriosa a la nación: pero al mismo tiempo tengo el gusto de asegurar a V.E. que todos los oficiales y tropa no desean más que continuar probando a S.M. la resolución en que están de sacrificarse en su servicio, dejando para la primera ocasión (por falta de tiempo en ésta) remitir a V.E. la lista de aquellos que estoi en la obligación de recomendar a la Real piedad.

Nuestro Señor guarde a V.E. muchos años.

Mobila 20 de marzo de 1780

Excmo. Sr. B.L.M. a V.E. su más atento servidor.

Bernardo de Gálvez.

BIBLIOGRAFIA

- ALTAMIRA Y GREVIA, Rafael: *Historia de España y de la Civilización española*.
- BEERMAN, Eric: *España y la independencia de Estados Unidos*. Colección España y Estados Unidos. Madrid, Mapfre, 1992.
- CASTILLO, Alberto del: *Historia General*. Colección del Conde de Clonard. Legajos núm. 8 y 31. Servicio Histórico Militar. 1ª Sección.
- CLAVIJO PROVENCIO, Ramón: “España y la conquista de Pensacola” en *Historia y Vida* núm. 224, p. 32.
- LOZOYA, Marqués de: *Historia de España*.
- QUATREFAGES, R.: “La participación militar de Francia en la toma de Pensacola”, en *Revista de Historia Militar*, año XXI, núm. 42. Madrid, 1977.
- SANTALO, José Luis: “Un episodio de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. La reconquista de Pensacola en 1781” en *Historia y Vida* núm. 116, p. 85.
- ZAPATERO, Juan Manuel: *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1964. Nueva edición de 1990. Enciclopedias Espasa y Larousse. Atlas Aguilar y Salinas.